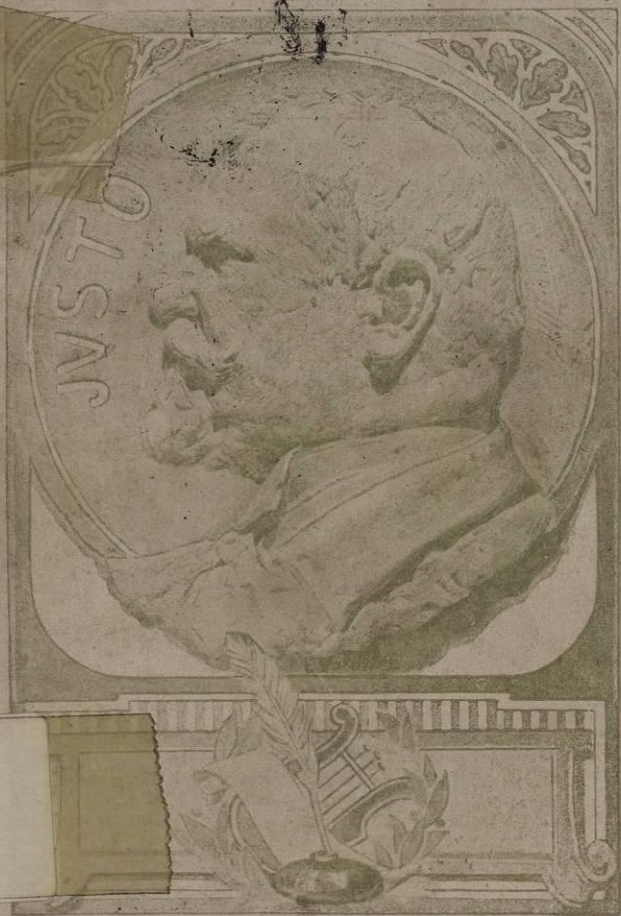


CULTURA



pa

7297

85

16

06

PQ7297

.S5

A16

306



1020100507

LIBROS Y MODERNOS

LIO TORRI

Asegurada la propiedad literaria de la Selección.
Registrada como artículo de 2ª clase.

Los siguientes números contendrán:

- «D'Annunzio», traducción y estudio de C. González Peña.
- «Salomé» de Oscar Wilde, traducción y estudio de Efrén Rebolledo.
- «Juan Ruiz de Alarcón», selección y estudio de Julio Jiménez Rueda.
- Escritos de D. Rafael de Altamira, selección del autor.
- Estudios Musicales de Manuel M. Ponce, prólogo de Rubén Campos.
- Cuentos de Perrault.
- Versos de Amado Nervo.

PRECIO:

En toda la República: \$0.25 oro nacional.

En el extranjero: 0.15 oro.

Subscripciones: { Por 3 meses 1.30 oro nacional (sólo en la
 { „ 6 „ 2.50 „ „ } Capital).

Todos los pedidos y subscripciones solicítense a "Cultura". Apartado postal 4527.

AGENTES GENERALES:

Administrador: Rodolfo Rojas, Apartado 4527.
Porrúa Hnos. Esquina Reloj y Donceles.

México, D. F.

La correspondencia dirijase al

APARTADO POSTAL 4527.—MÉXICO, D. F.

13836

JUSTO SIERRA

PROSAS

SELECCION Y PROLOGO

DE

AGUSTIN LOERA Y CHAVEZ

PORTADA DE EMILIANO VALADEZ

CULTURA

T. III NUM. 5

1917

31620

BIBLIOTECA CENTRAL
U. A. N. L.

31620

JUSTO SIERRA

PA 7297

55

PROSAS

SELECCION Y PROLOGO

DE

AGUSTIN LOERA Y CHAVEL

BOLETA DE ENRIQUE VALEZ

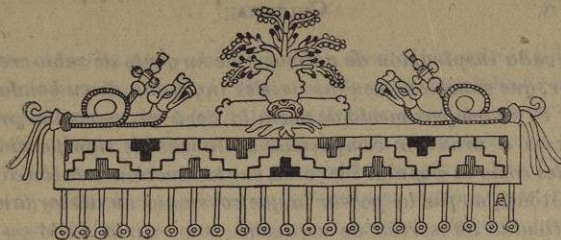
CULTURA

Abril 15 de 1917

«IMPRESA VICTORIA»—4ª CALLE DE VICTORIA 92

31620

BIBLIOTECA CENTRAL
U. A. N. L.



JUSTO SIERRA PROSISTA

No puede ser éste un estudio completo ni menos aún definitivo, que realice el amplio análisis y la crítica profunda que se merece la obra multiforme y trascendental del Maestro Justo Sierra. La realización de tal empresa ameritaría la reseña, desde sus orígenes, de la prosa nacional—hasta hoy no intentada—para justipreciar valores derrocando falsos fetiches y resucitar meritisimos retablos olvidados, pocos por cierto, erigiendo pedestales definitivos para los dioses en cuyas aras deba oficiarse, sin peligro de adorar engañosos ídolos de cera o fantásticas imágenes de papier maché. Pero no es este el sitio propio para emprenderla.

Me concreto a intentar un breve ensayo acerca de la producción de don Justo Sierra, como prosista, apuntando ligeras consideraciones sobre el valor de dicha obra y de su futura influencia en la literatura nacional. Y reduzco el radio de observación en la vasta cosecha que aquel espíritu ágil y sutil fecundó, porque literariamente es como prosista como alcanza el dictado indisputable de Maestro, pues es «en el ritmo de su prosa magnífica» en el que hace palpitir con sonoridades sinfónicas, las modalidades más nobles de su

elevada inspiración de artista y de su genio de sabio creador, que ennobleció con las mieles ingenuas de su bondad.

Si su temperamento de poeta lo llevó en momentos propicios a producir composiciones líricas de significación, tales como la popular *Playeras*, sus traducciones de *Heredia* y *Otoñal*, no fué la poesía la que consumió su desbordante actividad de escritor de vocación—como diría Rodó—y si en cambio llevó a la prosa suntuosa la armonía interior de su espíritu de poeta.

* * *

Deslizóse su vida por el amplio cauce de abundoso torrente, originado en inagotable manantial de aguas clarísimas, trasunto de purificadoras filtraciones. La ribera, aquí y allá perfumada por «los mangüeros, los tamarindos y los shkanloles, que de sus espléndidas copas verdes dejan caer por las puntas de sus ramas su incesante lluvia de flores de oro». Pero cuántas veces el anchuroso cauce se halló obstruido por infranqueables barreras de vil cieno y los bordes, como gigantescos y agrietados labios de etíope, erizados de pérfidas ortigas y maldicientes cardos, entre los que se sentía arrastrarse con lentitudes de larva, a manera de espumosa saliva, anillada serpiente.

Nacido de ilustre abuelo en Campeche, el 26 de enero de 1848, en momentos en que la República sangraba de rabia y de dolor, tuvo por sus natales playas un desmedido cariño jamás extinguido. Al través de su fecunda juventud y aun de su precoz niñez, abordó ensayos literarios que anunciaban un maduro florecimiento. Realizaron la perfecta preparación que lo habilitó para la vida de escritor, independientemente de sus indiscutibles facultades ingenitadas, siempre atentas a ejercitar la libertad de imaginar y dispuestas a expresar naturalmente las impresiones esté-

ticas, estudios generales hechos con desmedida afición y un anhelo perpetuo de perfeccionamiento en las disciplinas intelectuales acordes a los gustos artísticos e inclinaciones de contemplativo inteligente, que siempre le caracterizaron.

Si como estudiante en el venerable colegio de San Ildefonso, pudo obtener justas satisfacciones íntimas por sus ensayos literarios, que habían de servirle después para bordar con las escenas de colegial bellos cuentos y fantasías interesantes, titulado abogado para satisfacción de algunos de los suyos, y orgullo de aquellos que reducen al título—con miserable miopía—el valor social e intelectual de los hombres, no llegó a ejercer, que sepamos, la lucrativa profesión que amparaba su burla, consagrándose desde luego con apego infatigable al estudio de las letras y las ciencias.

Pero más que estudiante, fué don Justo, un perpetuo observador: sabía construir con destreza de castor, a la vista de antecedentes sociales sabiamente buscados, sus luminosas inferencias de historiador, de filósofo, de maestro; y obtenidas en su pristina pureza, las hacía pasar al través de su prisma maravilloso de poeta, infiltrándolas de coloraciones de iris.

Un análisis de la obra completa de don Justo Sierra ameritaría el estudio de su labor como estudiante inteligente, como abogado postulante nulo, como periodista creador en México de una forma de entretenido cuento, como nuestro primer historiador contemporáneo, como maestro de vocación y aptitud natural, como erudito aficionado a todas las bellas artes, como Ministro-Mecenas, como orador de verbo elocuente e ilustrado; como diplomático y político, pero sobre todo como poeta.

*
* *

Con las entretenidas narraciones bautizadas por el mismo autor con el nombre de «Cuentos Románticos», se inició en México la publicación periódica, en la prensa, de pequeñas leyendas de sabor netamente nacional o de cuentos y novelas cortas en que la trama, derivada de algún episodio sabroso de la vida, se halla velada por un dulce romanticismo, sin las acarameladas y empalagosas exageraciones a que han llegado algunos de los falsos discípulos de don Justo.

No son sus cuentos semejantes a los consabidos modelos de Bocaccio, Perrault o Andersen: son producciones de la tierra tropical en que nació, donde «brotan los cuentos y florecen las leyendas, como las rosas y los jazmines que bajan al arenal, trocando la colina en una sonrisa». Son narraciones sentimentales—bien es verdad—pero ni las influencias de Heine, ni las de ningún otro desvirtúan la sencillez y naturalidad de la ingenua expresión. Viste con galas arrancadas a nuestra exuberante naturaleza sus virgenes cantigas y las hace acompañar, en obsesión perenne, por el ritmo infinitamente ondulante y acariciador de nuestros mares.

Su observación penetrante y sutil, a veces exageradamente sutil, pero siempre inteligente, lo lleva a descubrirlo todo, a indagarlo todo, a desentrañarlo todo, pero sin atender a minucias ridículas; bien al contrario, observador sabio de los conjuntos, arranca a las cosas y a los hombres sus secretos más íntimos y fiel a sus impulsos de psicólogo y a sus gustos de artista, saca del conocimiento de cada hombre una enseñanza de la vida, y cada visión una impresión estética. Y lleva al papel con entera fidelidad el caudal de todas sus emociones—fué, sobre todo, un gran emotivo—salpicando la fugaz crónica de viaje, o la ligera

nota de teatro o de café, de las agudas observaciones que su imaginación, atinadamente burlasca a lo Rabelais, le sugiere.

Pero donde sus cualidades de vidente hallan amplio campo en que ejercitarse es en el estudio histórico. «Pensador profundo, no se detiene en la superficie de los acontecimientos para deducir conclusiones falsas o de escasa consideración; historiador honrado, no brota de su pluma una frase que no sea expresión de un sentimiento arraigado por el conocimiento de hechos incontrovertibles» y del hábil estudio de la causalidad histórica desprende sus luminosas conclusiones. Alcanzó tal poder de concreción que realizó la síntesis más completa de nuestra Historia Nacional en unos cuantos capítulos de perfecto acabado.

Narra los hechos y las vidas con sencillez y naturalidad; describe las pasiones a veces sin analizarlas, pero con justeza y precisión, elevándose en raptos de suprema inspiración a alturas considerables a las que, desgraciadamente, nuestras juventudes no iniciadas difícilmente pueden llegar. Pero aun en sus obras didácticas es justificado este impulso, en atención a que don Justo fué sobre todo un artista en el modo de narrar, y el arte en sus excelencias desconoce limitaciones.

Como orador su palabra reposada y vibrante, adquiría con el prestigio de su magia virtudes de taumaturgia. Sus discursos impregnados de la característica bondad peculiar a él, encierran en cada período una nueva enseñanza y justifican en cada idea, el dictado de Maestro. Al conjuro de su palabra fácil y espontánea aunque al principio tardía de incubación, héroes y dioses—paganos y cristianos—abandonan sus tímidos y animan sus extinguidas existencias; multitudes ignoras sienten el toque magnético del arrebató y sabios auditorios, en memorables ocasiones, bo-

rraron la duda que germinaba por la natural evolución de las nuevas generaciones, con esta frase: el Maestro es un avanzado, es el Maestro.

Y con efecto. don Justo Sierra fué un avanzado, no un superhombre ni un genio universal, que dictados son estos que no cuadran ya ni en boca del gran desequilibrado alemán.

Poseyó el instinto del descubrimiento y su cultura uniforme hacia de él un intelectual completo, de pleno siglo XX, con todos los defectos de la época, excepto uno: la maldad, y con todas las virtudes de los avanzados, menos una: la desconfianza.

Como filósofo supo entender la vida y sondear sus misterios con una plena noción de sus designios. Ni panteísta, ni escéptico, ni espiritualista, ni aún verdadero positivista: participó en proporción de todas las escuelas, según se compadecían con su propia y genuina filosofía.

Llevó a la historia los valores de la experiencia e hizo filosofía de la historia, tal como en Francia Bossuet fundó esta amplia especulación, y estudiando la disciplina de las sociedades en la pauta del pasado, estableció graduaciones lógicas.

En política fué siempre un inocente, inhabilitado para explotar las miserias humanas, se dejó—a sabiendas—explotar sus bondades, pero a priori podemos asegurar que aun en este aspecto, el más conservador de nuestra vida social, don Justo Sierra fué un avanzado. Sintió la necesidad de un movimiento de renovación, y sin ser zahori lo anunció anticipadamente. Su Juárez, cuyo pórtico es la clarinada más vibrante dirigida a la juventud mexicana, revela la potencialidad del psicólogo y del historiador, pero sobre todo encierra revelaciones que muchos no supieron o no

quisieron descubrir y que justifican, por si no hubiere más datos, las ideas avanzadas del maestro.

Don Justo no es ni puede ser un escritor de los pretendidos nacionales, primitivo en sus procedimientos, con escuela propia y técnica autóctona (permitaseme la palabra) que no la hay ni podrá haberla por razones de origen y organización: es sencillamente un prosista universal, representativo en ciertos aspectos de la cultura general de su época.

Su prosa flúida, aterciopelada a veces, y casi siempre impecable, no admite los puritanismos necios ni las chabacanerías académicas: goza de una casi absoluta libertad bien entendida y jamás aprisiona en paredes de cartón el concepto o la idea. No es la prosa atormentada de Wilde, ni la prolija multiplicidad del término de Hugo; la suya es la expresión sencilla, casi sin artificio de una prodigiosa imaginación creadora que alcanza en ciertos términos la perfección de los Goncourt. Pocas veces decae su estilo, y esto no es por el uso frecuente de lugares comunes; es que, mantenido a considerable altura, cercana a la elegancia griega, a la gravedad latina, a la finura del renacimiento, usando de todos los recursos que la lengua propia tiene y apelando aún a los de las extranjeras, fugazmente declina para levantarse más alto aún.

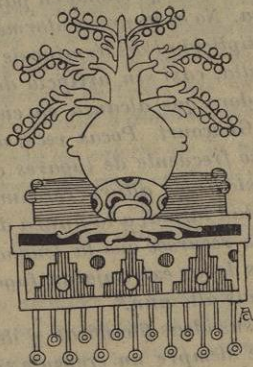
Por encima de sus ideas filosóficas y de su liberalismo bien entendido, fué siempre un creyente sincero. Quienes encuentran entre sus obras capitales y la carta de Lourdes una contradicción, revelan miopía o desconocimiento de aquella alma amante de lo sobrenatural, de lo misterioso, de lo inquietante: de la alquimia y del milagro.

Su obra toda, amplia, espiritual, tiene la suprema belleza de la armonía. Con Gutiérrez Nájera y antes de Gutiérrez Nájera, don Justo Sierra estudiado y meditado por

nuestras juventudes, será, mientras no haya quien le supere, el maestro de la prosa.

Su muerte (acaecida el 13 de septiembre de 1912 en Madrid) fué su apoteosis: si hubiera alcanzado a ser testigo de la tragedia apocalíptica de hoy, con Verhaeren y con Maeterlinck habría cantado a la Bélgica mártir (*).

A. LOERA Y CHÁVEZ.



(*) Se publica este volumen con la autorización de la viuda del poeta.

PLAYERA.

A ESTEBAN GONZÁLEZ.

En la mansa orilla de mis playas natales, brotan los cuentos, florecen las leyendas como las rosas y los jazmines que bajan al arenal trocando la colina en una sanrisa por entre los mangueros, los tamarindos y los *shkanloles* que de sus espléndidas copas verdes dejan caer por las puntas de sus ramas su incesante lluvia de flores de oro. Unas de esas leyendas son reidoras y alegres como la luz del día; otras melancólicas como el crepúsculo de las tardes lluviosas; de todas se exhala el vivaz aroma salado de tus algas, ¡oh! mar, que has sido colocado a la vista del hombre para sugerirle la emoción del infinito. Uno de esos cuentecillos voy a traduciros, lectoras mías, en pálido lenguaje; oírlo referir a una joven de la costa, mezclándolo con cantares, salpicándolo de imágenes que parecen árabes por lo atrevidas, por lo ardientes, en lenguaje vibrante y sencillo, sin un ápice de retórica, es un encanto. Oírmelo a mí en lenguaje literario y en frases poéticas compuestas *ad hoc*, puede seros fastidioso; temiendo esto, será breve.

Más os he engañado, lectoras mías, lo que vais a leer no es un cuento, ni es una leyenda siquiera; es un poemilla muy lírico, muy *subjetivo*, es decir, muy del alma para adentro. si

se me permite decirlo así (y aunque no se me permita) que en lugar de estar escrito en verso, está compuesto en prosa lo más verso posible (si puede decirse así, que sí se puede).

Apasionado de los contrastes, desde niño he buscado instintivamente, no los sitios siempre verdes y floridos en que parece que la luz se enferma de fastidio, sino el prado cargado de tintas vigorosas que se apoya en la abrupta montaña y que desborda sobre escalinatas de rocas ásperas y negruzcas en donde el mar se estrella y labra su nido la gaviosa. Por eso en las playas dulces y sin cantiles de mi país, era para mí deleitoso cierto sitio en que la amplísima curva de la playa se interrumpe súbitamente, por una aglomeración de peñascos cuajados de cacteos y desde cuya cima, que me parecía la de una montaña, y que en realidad no era más alta que la de los vecinos cocoteros, tomaba el mar a mis ojos de niño un relieve soberano.

¿Me creeríais, lectoras, si os dijese, que en este lugar me entregaba a grandes y fantásticos ensueños mirando las nubes, una tarde del estío templado que en nuestras costas acostumbran llamar invierno? ¿Y por qué no me habíais de creer? Tenía yo diez años. ¡Mirar las nubes! ¿Qué otra ocupación más sería puede tenerse en esa edad? Esa tarde tenían un resplandor cobrizo, pero como si fuera el reflejo de un gran horno de cobre en fusión, oculto como el sol bajo el horizonte. Más arriba grandes masas de vapor, de un impuro color violáceo, desleían sus contornos en la enorme placa de zinc del cielo. El mar imprimía a aquellos horizontes su tono prodigioso. Mis meditaciones, (¿eran meditaciones?) tomando un giro triste del paisaje me sumergían lentamente en una catarata de abismos.

Unas muchachas con sus flotantes faldas de muselina blanca, con el pecho cubierto por una cruzada pañoleta de seda, y con flores y cocuyos en las trenzas, subieron a donde yo estaba, reidoras y traviesas. Una de ellas tocaba una guita-

ra, cantaban todas; poco a poco los cantos cesaron; la tristeza indefinible que emanaba de las cosas ganó sus almas, y, sin hacer caso de mí, comenzaron a hacerse confidencias, y una, la tocadora, hizo su confesión. De esa confesión que la joven ponía en tercera persona, he extraído unas gotas de perfume para las páginas que vais a leer.

—Se llamaba Concha; en los labios de la que se confesaba, tomó el nombre de flor de Lila.

Lila era más linda que ese celaje que veíamos flotar como un encaje de oro sobre el disco del sol poniente. Era blanca y el nábito del mar sólo aterciopeló un tanto sus facciones. Era alta y parecía haber estudiado en los datileros cierto delicioso vaivén que daba a su modo de andar la cadencia de una de esas canciones tristes que cantan los pescadores al salir para el mar; sus cabellos eran de un castaño denso, eran casi negros con visos dorados, suaves como el primer vellón de la mazorca del maíz y sus ojos eran grandes y brillantes, de un color indefinible, y divinos y turbadores cuando los entreceñaba (porque era un tanto miope), y ponía percibirse el fluido cristalino que los bañaba, al través de la rizada seda de sus pestañas. Bajo la nariz rosada y un tanto aguileña, se abría como el botón púrpuro de un clavel, una boca que espían para besarla y chuparle la miel, los colibríes y las abejas, que habían olvidado por ella las flores perfumadas del *shtaventún*. Completaban aquella maravilla las líneas del óvalo de su rostro, sedosas y puras, como las de la escultura de la *Purísima* que se venera en la iglesia de San Francisco y que es fama que fué esculpida por los ángeles.

Lila era una niña rica; mas cuando vivía con su familia en el lindo poblacho en que Campeche toma fresco, las marineras de los contornos la contaban como una de ellas, la colmaban de regalos y parecían mariposas revoloteando en torno de una rosa de Alejandría.

Lila nunca había sufrido ni tampoco había llorado, y esto

la ponía triste y pensativa; muchas veces se pasaba las horas sentada a la orrilla del mar, preguntando a este perenne oráculo de las costeñas, el secreto, no de su falta de sentimiento, sino de su falta de lágrimas. No, no lloraba y cuando resentía alguna grave aflicción, sus ojos se ponían un tanto opacos . . . y no más.

Era una mañana de Agosto; la playera acababa de bañarse en el mar reidor y tibio y parecía empapada en el campo de la aurora; sus cabellos, salpicados de gotas de cristal, caían en grandes ondulaciones sobre sus hombros de estatua y bajo la orla de la pintoresca saya asomaba un piececillo cubierto a medias por el agua y sobre el cual las olas remedaban arrullos de paloma y desplegaban coquetamente primorosos festones de espuma. Lila tenía a su hermanito entre los brazos y jugueteaba deliciosamente con su carita risueña y sonrosada de placer y de vida; ya cerrándole la boquita con sus dedos de hada, ya fingiendo el canto de la torcaz cuando reclama a sus polluellos o cubriéndole de besos y mordiditas que hacían reír sin cesar al recién nacido.

Las nubes, como apretadas bandas de cisnes, tomaban en el oriente baños de púrpura, se abrieron dejando entre ellas un gran trecho azul limpiísimo y bruñido. En ese espacio apareció súbitamente un segmento del disco del sol en ascensión. De él se escapó el primer rayo y la luna que se columpiaba sobre el mar palideció de amor. El rayo de sol bajó la colina cubriendo de besos las copas de las palmas, trocando en perlas de oro las gotas de rocío en las florecillas y los musgos, y llegó a la cabellera de Lila; allí quedó prendido; se había enamorado de ella; la sombra se proyectaba delante de la niña y era que el primer beso del día se había dormido en el regazo de la playera.

Lila sentía extraños padecimientos; palpitaba violentamente su corazón y cerraba los ojos como si quisiera cegarla el reflejo del sol que ya abría sobre las olas su inmenso aba-

nico de fuego: ¿Voy a llorar, Dios mío? se preguntaba. Una sensación inexpressable la hizo volver en sí; al tornar el rostro al oriente había recibido un beso en los labios; quiso huir, pero no pudo. Puso al niño sobre la arena, suave como un almohadón de pluma, y se apoyó en la roca; parecía que una voz cuchicheaba en su oído frases divinas. Y tornaron sus ojos a cerrarse, una corriente volcánica circuló por sus venas y al sentir el segundo beso sus labios sonrieron de deleite; estaba dormida.

Y allá, en la región de los sueños, la joven escuchó la música voluptuosa y lánguida de esta canción de amor:

Soy un destello del sol candente,
Chispa de un foco de eterno amor;
Niña, tu boca dulce y riente
Será mi cáliz, será mi flor.
Mírame, ámame, niña hechicera,
Yo soy el ángel de la ilusión;
Dame tu vida, blanca playera,
Playera, dame tu corazón.

Delante de ella se irguió un mancebo, tenía en la mano el arpa, vibrante aún y temblaba en sus rojos labios la última nota. Su belleza era ideal, brotaban de sus ojos en ondas luminosas el amor y la juventud. Hasta su sombra parecía iluminada por un fulgor cuya fuente era invisible. El mancebo parecía embarcado en un esquife cubierto con mantos de armiño y cendales de oro; las olas del mar se teñían de fuego al acercarse a él; cuando batía sus alas immaculadas dejaba entrever detrás de él en los cielos un gigantesco pórtico de cristal y de zafiro, desde donde bajaba una gradería de oro transparente.

En medio de su éxtasis, una penumbra negra invadió el alma de la muchacha; tuvo un recuerdo. En la última fiesta del patrón de los marineros que se venera en San Román,

había visto a aquel ángel: vestía de terciopelo como un magnate de la corte virreinal (de los que todos hablaban y nadie había visto), o como un jefe de corsarios franceses, y recordó que todos creían que aquel hombre debía de ser un filibustero, porque nadie lo conocía y derramaba el oro a manos llenas. (Estamos, queridas lectoras, en los tiempos coloniales; no se me había presentado oportunidad de decíroslo) Lo singular, lo malo, es que durante todas las fiestas aquel hombre la siguió con sus miradas amorosas y audaces a la vez; ¡qué horror! Y ella, ella lo veía como distraídamente y el corazón le palpitaba con infinita fuerza . . .

Todas estas reminiscencias pasaron como una bandada de aves negras por el cielo de su alma. Quién ha pretendido analizar el primer momento de amor en el corazón de una mujer. Ellas jamás lo explicarán, ni los ruiñeñores como brota de su garganta el primer arpegio, ni el botón de nardo como exhala, al abrirse, su primer perfume. El primer amor es la revelación del alma en nuestro ser; sabemos que existe, mas no la sentimos, sino cuando amamos. La paloma que anida en el misterio que cada uno lleva en lo más íntimo de sí, abre las alas y canta, con sólo el fulgor de una mirada que penetra en nuestra sombra. Y esta palabra mil veces deletreada con indiferencia: amor, adquiere para nosotros una significación inmensa, nos lo explica todo, es la clave del jeroglífico de la eternidad.

Lila no se explicaba así lo que sentía, ni de ningún otro modo. Porque el mancebo que la playera tenía delante, lo estaba en realidad, pero delante de su alma; y el parecido de éste con el filibustero, indicaba que ya lo había visto. Pues no, no había visto a nadie; y, sin embargo, todo era real, todo era supremamente real, ¿pues qué, hay algo más real que la luz en un rayo de sol y el amor en una mujer de quince años, en la costa del Golfo?

dejó cubrir la frente de besos; de cada beso nacía un azahar; y juntos formaban una corona de desposada. Luego, el ángel (¿no os he dicho que era un ángel?) tendió sobre su cabeza y dejó caer en rectos pliegues sobre el cuerpo de la virgen una nube sin mancha; era el velo de boda. Y el altar era sorprendente; parecía el altar de la iglesia de S. Román, pero cuajado de piedras preciosas; los cortinajes de tisú recamados de oro, parecían nubes bordadas de estrellas y el pavimento era un ópalo verde como el mar.

—¿Me amas? preguntó el mancebo.

—Sí, dijo la joven con sólo el destello que se encendió en sus ojos.

—Ven, pues, ven conmigo.

—¿Podré llorar?

—Llorarás, repuso el amante de Lila.

Y la barquilla de cristal se aproximó. . . Pero otra sombra negra se interpuso entre el alma de la niña y su visión de amor: ¡Dios mío! exclamó la niña con desesperación profunda, dónde está mi hermanito, lo dejé dormido en la arena y lo olvidé; ¡ay! se lo han llevado las olas.

—Míralo en su nido, le dijo el celestial barquero.

Sobre la luna en menguante, apenas visible en occidente y que parecía una cuna de plata colgada en el firmamento, Lila pudo ver a su hermanito dormido.

Y ya la barquilla bogaba, bogaba en el mar risueño. La cabeza de Lila reclinada sobre el pecho de su amado parecía rodeada de una aureola; sus cabellos destrenzados, mojaban sus extremidades en las olas, y éstas pasaban a través de sus hilos sutiles temblando armoniosamente como la brisa por entre las cuerdas de las arpas eólicas. Lila se sentía dormida y no tenía fuerzas para querer despertar. En sueños tuvo un recuerdo y fué la última sombra negra. Aquella mañana al salir del baño había visto un bergantín con bandera negra cruzando a toda vela el horizonte. . . La bandera negra es la

bandera de los filibusteros: allí está, decía palmoteando alborozada la criada africana de Lila, allí está, viene por nosotros. ¿Quién? preguntó la niña. Aquel que tanto miraste en las fiestas de S. Román... Después, Lila pensativa tomó un poco de leche, que le trajo la esclava, estaba un poco amarga y luego siguió jugando con su hermanito...

Lila sintió un beso entre los labios y la barca continuaba bogando, bogando...

—Yo quisiera llorar, decía la niña, ¡oh! Dios mío, creo que voy a llorar.

—Llorarás, contestaba el ángel, inclinando sobre ella su gran mirada de amor...

—Vaya un cuento raro, y ¿lloró por fin? decía una de las muchachas.

—¡Quién sabe! Pero lo cierto es que fué feliz.

—¡Feliz! dijeron todas a una.

—Si murió, fué feliz y si lloró, fué feliz también...

—¡Oh!!

—¿No ha dicho Jesús, nuestro Señor, felices los que lloran?

LA CIVILIZACION DEL SUR.

(De la obra «México—Su Evolución Social».)

HISTORIA POLÍTICA).

La civilización del Sur, lo mismo entre los mayas, en donde mejor ha podido ser estudiada, a pesar del desesperante mutismo de su escritura, que espera en vano un Champollión, que entre los kichés; lo mismo en Chichén y Uxmal que en Palenke y Kopán, tiene todos los caracteres de una cultura completa, como lo fueron la egipcia y la caldea; y como ellas, y más quizá, presenta el fenómeno singular de ser espontánea, autóctona, nacida de sí misma; lo cual indica inmensa fuerza psíquica en aquel grupo humano. Una religión, un culto, y dependiendo de él, como suele, una ciencia, un arte; una moral y una organización sociales, un gobierno, todo esto encontramos en la civilización del Sur, y no, por cierto, en estado rudimentario, sino más bien en sorprendente desarrollo.

Basábase la religión de los mayas en un espiritismo, fluencia necesaria de la primitiva adoración de los cadáveres, que llegó a ser la de los antepasados del grupo doméstico y étnico; generalmente estos ancestros eran designados con los nombres animales de sus respectivos *totems*, y de aquí el culto zoolátrico; del personaje que se comunicaba con el doble o alma del muerto, nacieron el brujo, el hechicero, el profeta, el

astrólogo, entendido en adivinar el destino de cada mortal en los astros, y a la postre el grupo sacerdotal; este grupo o clase reobró sobre las creencias, las organizó, transportó la noción de divinidad o entidad sobrehumana a los objetos naturales o a los grandes fenómenos atmosféricos, y entonces acaso resultó un ser invisible como punto de partida del elemento divino, ser cuyo símbolo era el sol, padre del legislador y civilizador de Itzamná, hijo del sol (venido del Oriente). También la divinidad solar había creado cuatro dioses principales, los *bacabes*, símbolos cronométricos de los cuatro puntos cardinales; bajo ellos venía una miriada de divinidades; no había palmo de aquella tierra misteriosa (la del agua escondida), no había acto de la vida que no tuviera su divinidad tutelar, y muchas de estas divinidades tenían sus sombras, correspondían a una divinidad maléfica o diabólica. La devoción popular había hecho en la península la selección de cuatro grandes santuarios; el pozo de Chichén de los itzaes, el santuario de la divinidad marítima de Kozumel y el que se había erigido sobre magnífica pirámide sepulcral en honor de uno de los reyes de Itzamal, deificado como solían hacerlo los mayas. Después los cultos nahoas, sobre todo el de Quetzalcoatl, llegaron a adquirir en la tierra maya y en la kiché magna importancia.

El culto, como era natural, se componía de ofrendas y sacrificios sangrientos; de sacrificios humanos con frecuencia, testimonio de la profunda influencia de los nahoas; de himnos, plegarias y penitencias horrendas a veces, y de fiestas de todas especies, en tan variada diversidad, que puede decirse que los pueblos maya-kichés vivían en perpetuas fiestas; se disponían a ellas con ayunos, las comenzaban con cantos y danzas sin fin y las terminaban en orgías y borracheras inevitables.

La necesidad de aquellos grupos en constantes migraciones, y ansiosos de encontrar un asiento, un hogar, un templo,

dió a la clase sacerdotal inmensa importancia; sin el sacerdocio no habría habido civilizaciones americanas. Los sacerdotes, para distribuir sus fiestas, observaron los movimientos del sol y los astros, lo mismo en Chichén que en Tebas, lo mismo en Babilonia que en Palenke o Tula; y fueron cronólogos, y formaron calendarios y tuvieron numeraciones, modos de contar que aplicaron al tiempo; idearon un procedimiento fonético de escribir, y fué el sacerdocio maya uno de los tres o cuatro que inventaron la escritura propiamente dicha en la humanidad. Aplicaron la experiencia a los viajes, a las enfermedades, al conocimiento de los efectos de las plantas en el organismo, a la historia que consideraban sagrada. Levantaron en sus ciudades, compuestas de habitaciones ligeras, cubiertas de palma, monumentos grandiosos, sobre pirámides por regla general destinados a la habitación del rey-pontífice o del rey-guerrero, a la de sus mujeres, a la de los dioses. Estos monumentos, obra, por regla general, de diversas épocas, tienen formas y aspectos extraordinarios: su arquitectura es simple, rudimentaria, caracterizada, fuera del tipo monticular, por la forma truncangular de las bóvedas, lo mismo en Palenke que en Chichén o Uxmal; pero lo que en ella llama más la atención es la sobriedad de la decoración de los interiores (en Yucatán, en la tierra de Kiché, mejor distribuida y más pobre) y la profusión y exuberancia de la ornamentación exterior, sobre todo en los frisos; las esculturas, mololitos, estatuas, relieves; las pinturas, aun vivas algunas; las inscripciones, cuajaban estos admirables monumentos, que son el índice de la vida de una civilización de extraordinaria vivacidad.

La falta de animales domésticos, de trabajo y de carga, fué la gran rémora para el desenvolvimiento pleno de las culturas americanas; si los hubiese habido, probablemente el antropofagismo habría acabados por desaparecer, aun en su forma religiosa de comunión sagrada. Mas entre los ameri-

canos no hubo edad pastoral, y la transición se verificó del estado de pueblo cazador y pescador al agricultor. Su agricultura y su industria exigieron esclavos que fueron numerosos; pero los grupos de hombres libres vivían sometidos a códigos severísimos que les imponían el respeto a la religión, primero, al batab o cacique y a sus agentes después; a la familia, a la propiedad y a la vida; sin embargo, los mayas practicaban mucho el suicidio. La propiedad rural, como en toda la América pre-colombiana, era comunal; el producto se distribuía proporcionalmente.

Hijo de dios, y dios frecuentemente, el cacique era dueño de todo; su tiranía patriarcal era incontestada; disponía de ejércitos organizados; sus guerras eran incesantes. Si el americano hubiese conocido el uso del hierro (poco usaba el cobre y se adornaba con el oro y la plata), los españoles no hubiesen podido quizás conquistar los imperios aquí establecidos. Sus armas ingeniosas, para defensas individuales o colectivas, bien organizadas, bastaban para hacerles ostentar su heroísmo a veces, mas no podían darles nunca la victoria.

No iremos adelante; tendríamos que recorrer minuciosamente todos los aspectos de la actividad humana, intelectual, moral, económica y artística, para dejar demostrada una verdad que conocen cuantos han fijado su atención en los pueblos que colonizaron las regiones ístmicas al Sur de la altiplanicie mexicana: fueron autores de una civilización cimentada sobre las necesidades del medio y del carácter, pero de aspectos interesantes todos y grandiosos muchos, los grupos comprendidos bajo la denominación de maya-kichés; esa fué la *civilización del Sur*.

ARTE—¿ARTE?

(DE «EN TIERRA YANKEE»)

Claro es que yo sabía que era una maravilla. Los hombres de mi generación nos creamos viendo en las ilustraciones como *El Correo de Ultramar* (¿vivirá todavía este viejo y divertido amigo?) reproducciones en estampas de algunos cuadros de Rembrandt, que nos parecían, v. g.: *La anunciación a los pastores*, muy extraños: feas las figuras, anacrónicos los trajes, y maravilloso ese bloque de sombra de donde surgía esa gran luz; los hombres de mi generación, ya jóvenes, leímos mucho a Taine y *Les maitres d'autrefois* de Fromentin, y sabíamos, por supuesto, quién era Rembrandt... leído; yo supe algo más de este caballero, porque Valentín Ulink tenía una colección sin par de reproducciones de las agua-fuertes del artista holandés, y nos pasamos muchas mañanas dominicales oyendo misa en aquel misal divino. ¡Oh! primavera, tú la que vuelves, ¡ay! la que no vuelves....!

Luego he visto ediciones completas de las obras de Rembrandt excelentemente fotograbadas; y la *Lección de Anatomía* y *La ronda nocturna*, y diez o doce retratos suyos, son para todos los aficionados al arte, tan familiares, que basta cerrar los ojos para verlos detalladamente en blanco y negro. Yo no había visto nada, me olvidé de todo, cuando vi aquel *retrato de un hombre*; hace el efecto de una súbita des-

carga eléctrica; me sentí *yugulado*, quiero decir, que la impresión que sentí fué aguda y dolorosa, como si me agarrasen por la garganta y me echasen por tierra; quiero decir, que me pareció que todo lo que había admirado en aquellas salas, eran *ensayos* firmados por nombres famosos; que en aquel momento se me revelaba el arte en toda su potencia; que aquella cabeza saliente en rojo de una sombra negra hecha de átomos de luz neutralizados, llegaba al no más allá de la realidad y de la idealidad, porque aquella cabeza vivía una vida intensa en su serena indiferencia de burgomaestré cualquiera, y era claro que sólo quien tuviera facultades excepcionales, únicas, para ver la realidad hasta en sus más recónditos elementos de color y de línea, lo cual es el realismo; y sólo quien, para hacer ver a los demás lo que él veía con ojo maravillosamente conformado, por medio de la iluminación pasmosa de una mancha en la sombra, lo cual es el idealismo, lo cual es la poesía, podía producir el efecto que este hombre produce.

Fromentin dirá a ustedes cuál es el secreto de este *procedimiento*, de qué colores y de qué artificios se valía este señor para obtener tal o cual efecto, cuáles fueron los errores y los defectos de la *Ronda nocturna* y de . . . Yo no sé, yo no podía ver, ni discernir, ni encontrar nada. Taine mostrará a ustedes cómo este *vidente*, es decir, que veía en la naturaleza más allá de lo que otros ven, que veía la tiniebla como los nicítalopes, es el resultado de una raza, de un medio y de un momento; pero viéndolo frente a frente, no pensaréis ni en la raza, ni en el medio, ni en nada de esto; sentiréis que os traga la vista, querríais abrir desmesuradamente los ojos para ver más o reducirlos a un punto para concentrar más la visión y descubrir vivo al artista en las profundidades de su obra, y otras tonterías de este jaez.

En verdad que no sirvo para crítico de arte, *je m'emballe* con mucha facilidad; Brunetiére, un domine de endiablado ta-

lento y que navega siempre en mares tempestuosos, muy bien lastrado de erudición y de odios literarios (que son implacables), dice que sólo los artistas, los conocedores a fondo de la técnica, pueden juzgar una obra de arte; si, juzgarla, ¿pero gustarla? ¡Oh! nó. Parece que el arte es algo esotérico que sólo los iniciados pueden comprender; entonces pierde sus ligas con la humanidad y resultaría estéril; además esta teoría llevaría a esta otra: sólo el artista es capaz de juzgar sus obras, porque sólo él conoce exactamente sus medios y sus fines. . . No, señor; el arte puede revelarse a cualquiera, y con tal que *cualquiera* no signifique un excomulgado de la civilización, puede entender lo que un artista quiso decir con su *partitura* o con su cuadro, y puede traducir el idioma del artista en su idioma propio, y eso es crítica de arte. . . También aquí *je vais m'emballer*.

Dos o tres retratos de hombre, uno de mujer, un paisaje vivo como si fuera también un retrato de hombre; tanta fisonomía, tanta personalidad, si puede decirse así, ha sabido comunicarle el pincel de este brujo que dicen que pintaba con cuatro quintas partes de sombra y una de luz; un cuadro místico en que la claridad materialmente fulgura y estalla y ciega; tal es Rembrandt en el museo neoyorquino. Me despedí dándole cita para Anvers; no sé si le besé la mano; allí estaba; viendo sus cuadros se siente su presencia. —Y después nada quise ver: ¿cómo tuve valor para ver y admirar a otro, a un compatriota y contemporáneo de Rembrandt, a Franz Hals? No sé; sé que es también admirable; hay allí de él, un fumador y un retrato de señora, la señora Franz Hals nada menos, que son buenamente maravillosos. La luz bajaba; solos Perico y yo vagábamos por los salones; las figuras de los cuadros salían a pasear en aquella penumbra misteriosa; nos las encontrábamos por todas partes; estaban dentro de nosotros probablemente; pero las exteriorizábamos y las veíamos discurrir ante nosotros. ¿Cómo ese mosfetudo holandés retratado por

Rembrandt estaba más delante de mí, que Napoleón que desde hace un siglo está en todas partes? No sé; así era.

Debíamos de tener el mismo modo de mirar admirado, pero no sorprendido, de esta Juana d'Arc de Bastien Lepage (un gran artista muerto en flor), que vislumbra entre los árboles los espectros un poco macizos de sus santas y de S. Miguel, armado como ella quisiera verse... Antes de salir de estas inolvidables galerías, después de seis horas de contemplar, de mirar, de ver y de entrever, lo que sólo en veinte o treinta sesiones podría hacerse con fruto, nos detuvimos unos cinco minutos, los últimos, frente a un cuadro "estudio de una vaca" decía el catálogo. Una purísima obra de arte.

* *

Pasamos, a todo correr, por un salón de instrumentos musicales; nada notable: algunos de los que llaman con infernal osadía instrumentos musicales los viajeros que los recogen en la Oceanía o en el Africa austral, muy curiosos; allí vimos los famosos *bobres* de Madagascar. He aquí por qué son famosos: ...; Pero habéis leído una poesía de Leconte de Lisle que se titula *Le Manchy*?

Sous un nuage frais de claire mousseline
tous les dimanches au matin
Tu venais a la ville en manchy de rotin
par les rampes de la colline...

¿No? Pues no podeis saber, lectores, por qué los *bobres* merecen nuestro respeto.

Colecciones de armas; espléndidas, literalmente espléndidas. Luego pasamos por los salones de cerámica china. Sólo ellos merecen una larga visita al Museo; por sólo ver estos vasos, estos esmaltes, estos rojos, estos azules, estos verdes, que parecen turquesas y esmeraldas convertidas en pastas fluidas

para teñir las porcelanas con un pincel de oro, porque todo, por sus reflejos metálicos, parece que tiene fondo de oro. La luz moribunda espejeando el vientre de un tabor color de sangre, o marcando con rasgos de fuego las aristas de estos vasos o las curvas indeciblemente fantásticas de las asas de estos tazones, que parecen tallados en un trozo de mar cristalizado en bloque de zafiro, nos retenía, nos cautivaba; ya no queríamos salir de ahí... Salimos; un gran viento frío nos saludó con un abanicazo en la cara, al pisar los umbrales del Museo. Las copas de los árboles temblaban nerviosas, llorando sus hojas de Otoño que las ráfagas arremolinaban en la escalinata blanca. El obelisco se enderezaba rubio en la transparencia tenuemente rosada del crepúsculo... Tristes, sin saber por qué; silenciosos, sin saber hasta cuándo; crispada el alma con el calofrío de los deseos insaciados e insaciables, volvimos a pie a las calles grises de la ciudad.

* *

La visita al Museo me había dejado neurasténico; puesto frente a frente de una langosta blanca y tierna en su envoltura nacarada de dragón mitológico, permanecí inapetente; y no eran las reminiscencias pictóricas las que me *obsediaban* (feo y antiacadémico verbo), sino los cacharros y tiores de la chinera que acabábamos de entrever; comprendía en aquel momento cómo algunas niñas chinas que pierden a sus amantes, se consagran al amor de uno de estos vasos de esmalte rojo que parecen un ensueño auroral. Un poco de champagne glacial y seco me volvió en mí y me dió fuerzas para recorrer la Vía Apia (abundaba el apio en la mesa), que separaba la langosta del café negro; estuve a punto de encender un puro, y medio mareado sólo con ese conato, tomamos un *cab*, fuimos a un teatro cualquiera, nos aburrimos de lo lindo, y una hora después encallábamos en una casa de personajes de cera; otro museo y otro arte.

Allí están todos: exceptuando todas las celebridades mexicanas, que aun no son universales, a pesar de ser de la misma pasta que las que lo son, allí están todos; soberanos y medio soberanos, como la Reina Victoria y el Emperador Guillermo y como M. Faure y el Príncipe de Gales. Algunos muy bien; algunos están hechos a propósito para ser reproducidos en cera: este joven Kaiser alemán, p. e; la rigidez del uniforme, de la actitud, van muy bien con la inmovilidad de la estatua; a los otros quisiera uno hacerlos andar, hablar, mover los ojos; a éste no. Este está bien así, con los ojos fijos como un sonámbulo, absorto en la contemplación de una visión interior, tragado —si pudiera decirse— tragado por su propio ensueño. Es un hombre febril, un neurótico, hijo de una apasionada del arte y de un apasionado de un ideal santo de libertad y de justicia; activo, dinámico diremos, como él solo; pero sometido a repentinos instantes de *alto* en que la actividad física se transmuta en fuga mental hacia los paraísos de la ilusión y del deseo. Este correctísimo oficial, este impecable diplomático, desempeña admirablemente un papel; en el fondo es un poeta místico que se reserva y que espera; cree en su misión de providencia social en Alemania y en la misión de Alemania en el Universo; es de la raza de los Otto III, de los Enrique el Negro, de los dos grandes Federicos del duodécimo y décimo tercero siglos, soñadores de hegemonías continentales, adoradores de su absolutismo y creyentes en el carácter religioso de sus grandiosos y efímeros señoríos. A mí me gusta mucho este Emperador Guillermo; creo que tiene algo que decir ante la historia y que espera su cuarto de hora. ¿O no, o no tendrá nada dentro, y la enfermedad moderna de ver en todo símbolos, nos hace convertir en esfinge a un joven soldado de parada? ¡Quién sabe!

Este otro personaje sí que no es esfinge, y está, por cierto, perfectamente retratado, Cleveland, que conversa amigablemente con S. M. la Emperatriz de las Indias rodeada de su augusta y copiosa familia. Mr. Cleveland también es de una gran

raza; de la de los hombres justos y buenos que fundaron la Unión Americana.

Un gran período militar y guerrero, en que sobrenadan las codicias y los apetitos de dominación y explotación de las conquistas, en este pueblo repleto de energías de incalculable potencia, traerá consigo un cesarismo más o menos disimulado; pero seguro, y este es quizás el secreto *desideratum* de un gran grupo de políticos de aquí; ya no preponderan los hombres que rechazaron la anexión de la isla de Santo Domingo; ahora los que quieren anexar el archipiélago de Hawai son los *que tienen el oído* de esta gran República. Cleveland será uno de los pocos hombres capaces de hacer escuchar los consejos de un honrado y noble amor a la libertad en un pueblo ebrio de fuerza y de gloria, y poseído de la conciencia de su misión de constituir en la tierra un *pueblo standard*—un pueblo tipo, conciencia heredada de sus fundadores puritanos.

Si no puede la nación americana con su peso romper el equilibrio del mundo político, puede llegar a hacerse temer de Europa y tener inmóvil a la América latina ante la boca de sus cañones monstruos; pero esa será la víspera del desmembramiento. Mas dejémonos de la manía de profetizar; lo cierto es que Mr. Cleveland es todo un ciudadano; nadie desprecia como él la popularidad o la *populacheridad*; nadie como él ha sabido ponerse frente a su propio partido y ha arriesgado su jefatura democrática, no por orgullo ni por capricho, sino por no faltar a lo que él cree su deber; esto se llama ser un hombre; los demás, son los títeres cómicos o trágicos de la historia.

Abominables, en la más absoluta comprensión del vocablo, todos estos artistas, los Wagner, los Listz, los Verdi; y los poetas V. Hugo, A. de Musset; y los sabios y los filántropos y los... y todos... ¡oh! unas caricaturas cadavéricas en cera vieja.

Abajo, en los subterráneos; escenas de crimen y de muerte: Carlota Corday, María Antonieta, una señora despidiéndose de su hijo que van a ahorcar, un hombre matando de un hachazo a un negro que ha matado a su mujer y a su hijo dormidos. La escena, reproducida con sus detalles más minuciosos, resulta de un realismo hondamente dramático y espeluznante; y en la media luz verdosa de aquel frío sótano, siente uno impulsos de huir. Esto encanta a las señoritas que abundan siempre en esta lúgubre estación, ávidas de emociones fuertes, *diletantitas* (¡qué palabra, mi querido Balbino!) diletantitas puras (o impuras). Arriba, en el primer piso alto, un autómatas gana a todos los que juegan con él, pero gana indefectiblemente los partidos de ajedrez. ¡Me ganó a mí, que si no soy el primer ajedrecista del mundo, si he jugado ocho o diez veces, sucumbiendo con gloria en todas ellas!

En un departamento en que se ven y no se admiran, los episodios finales de la guerra de secesión (muchos fieltros negros, muchos zapatazos y botazas empolvadas, muchas levitas azul-oscuros desabrochadas como la de Grant, o perfectamente ceñidas bajo la barba gris, como la de Lee), un guardián dormía sentado en una banca; una familia de burgueses, de *payos*, como aquí decimos, que por primera vez visitaba el establecimiento, reunida en un conciliábulo animado, aunque en voz baja, discutía este problema: aquel guardián ¿era *un vivo* o era un hombre de cera? cuchicheos, risas, pero nadie se atrevía a poner el cascabel al gato; de repente el guardián se desespera, bosteza ruidosamente y se queda viendo atónito a los burgueses: este es Ulises Grant, dice, mostrando la efigie del vencedor de Richmond. Carcajada general; todos creíamos que era de cera el dormido. . . Pues bien, era de cera; así al menos me lo sostuvo uno de mis compañeros, y a mí cualquiera me hace vacilar con sólo enunciarme la proposición contraria enfáticamente. ¡Ay! sólo sé que nada sé. No era de cera.

¿Y esto es arte, Dios mío? ¿Este es arte como el de Rem-

brandt van Ryn? ¿Copiar la realidad es el arte puro? El muñequero autor de Cleveland y de Victoria y el retratista del Museo metropolitano, copian, reproducen pasmosamente bien; luego tienen el mismo mérito; vamos, el fonógrafo es superior al pintor; es más exacto.

El arte no copia, interpreta; lee la naturaleza el artista, y traduce su lectura con su alma, con su sentimiento, con su pasión. Ese *Retrato de Hombre* de Rembrandt, es un hombre cualquiera, pero es un hombre vivo y la vida se la comunicó como un Dios el artista, con sólo verlo, con sólo hacer pasar el alma de sus ojos pequeños, comprensivos, fulgurantes (esos ojos de Rembrandt que Rembrandt reprodujo tanto), a los ojos del hombre que retrataba. Y así se comprende cómo el arte produciendo la sensación de la realidad completa, es decir, de la verdad, produce la emoción de lo bello. Rembrandt se sirve para esto de un simple procedimiento, el contraste de la sombra y de la luz; pinta, lo repetimos, con una quinta parte de luz y cuatro quintas de sombra. ¿Pero es sombra la suya? ¿O es la luz agregada a la luz, como en el fenómeno de las interferencias? No sé; pero viéndolo, devorándolo con los ojos, digámoslo así, se siente que la revelación de la vida por el arte, es el goce supremo; se siente uno con el deseo de decir a la vida como los apolíneos del gran demente Federico Nietzsche: «te amo, porque tu imagen es bella; eres digna de ser soñada.»

(1895)

DISCURSO PRONUNCIADO

POR EL

SR. LIC. D. JUSTO SIERRA

MINISTRO DE INSTRUCCION PUBLICA Y BELLAS ARTES

en la inauguración de la Universidad Nacional.

SEÑOR PRESIDENTE DE LA REPUBLICA,

SEÑORAS,

SEÑORES:

Dos conspicuos adoradores de la fuerza transmutada en derecho, el autor del *Imperio germánico* y el autor de la *Vida estrénua*, el que la concebía como instrumento de dominación, como el agente superior de lo que Nietzsche llama *la voluntad de potencia* y el que la preconiza como agente de la civilización, esto es, de justicia, son quienes principalmente han logrado imbuir en el espíritu de todos los pueblos capaces de mirar lo porvenir, el anhelo profundo y el propósito tenaz de transformar todas sus actividades: la mental, como se transforma la luz; la sentimental, como se transforma el calor, y la física, como se transforma el movimiento, en una energía sola, en una especie de electricidad moral que es propiamente la que integra al hombre, la que lo constituye en su valor, la que

lo hace entrar como molécula consciente en distintas evoluciones que determinan el sentido de la evolución humana, en el torrente del perenne devenir. . .

Esta resolución de ser fuertes, que la antigüedad trajo por resultados magníficos en grupos selectos y que entra ya en el terreno de las vastas realizaciones por nacionalidades enteras, muestra que el fondo de todo problema, ya social, ya político, tomando estos vocablos en sus más comprensivas acepciones, implica necesariamente un problema pedagógico, un problema de educación.

Porque ser fuertes, ya lo enunciamos, es para los individuos resumir su desenvolvimiento integral, físico, intelectual, ético y estético en la determinación de un carácter. Claro es que el elemento esencial de un carácter está en la voluntad; hacerla evolucionar intensamente, por medio del cultivo físico, intelectual, moral, del niño al hombre, es el soberano pape de la escuela primaria, de la escuela por antonomasia; el carácter está formado cuando se ha impreso en la voluntad ese magnetismo misterioso, análogo al que llama la brújula hacia el polo, el magnetismo del bien. Cultivar voluntades para cosechar egoísmos sería la bancarrota de la pedagogía; precisa imantar de amor a los caracteres; precisa saturar al hombre de espíritu de sacrificio para hacerle sentir el valor inmenso de la vida social, para convertirlo en un ser moral en toda la belleza serena de la expresión; navegar siempre en el derrotero de ese ideal, irlo realizando día a día, minuto a minuto: he aquí la divina misión del maestro.

La Universidad, me diréis, la Universidad no puede ser una educadora en el sentido integral de la palabra; la Universidad es una simple productora de ciencia, es una intelectualizadora; sólo sirve para formar cerebrales. Y sería, podría añadirse entonces, sería una desgracia que los grupos mexicanos ya iniciados en la cultura humana, escalonándose en gigantesca pirámide, con la ambición de poder contemplar mejor los as-

tros y poder ser contemplados por un pueblo entero, como hicieron nuestros padres toltecas, rematase en la creación de un adoratorio en torno del cual se formase una casta de la ciencia, cada vez más alejada de su función terrestre, cada vez más alejada del suelo que la sustenta, cada vez más indiferente a las pulsaciones de la realidad social, turbia, heterogénea, consciente apenas, de dónde toma su savia y en cuya cima más alta se enciende su mentalidad como una lámpara irradiando en la soledad del espacio. . . !

Torno a decirlo: esto sería una desgracia; ya lo han dicho psicólogos de primera importancia. Nó, no se concibe en los tiempos nuestros que un organismo creado por una sociedad que aspira a tomar parte cada vez más activa en el concierto humano, se sienta desprendido del vínculo que lo uniera a las entrañas maternas para formar parte de una patria ideal de almas sin patria; nó, no será la Universidad una persona destinada a no separar los ojos del telescopio o del microscopio, aunque en torno de ella una nación se desorganice; no la sorprenderá la toma de Constantinopla descutiendo sobre la naturaleza de la luz del Tabor.

Me la imagino así: un grupo de estudiantes de todas las edades sumadas en una sola, la edad de la plena aptitud intelectual, formando una personalidad real a fuerza de solidaridad y de conciencia de su misión y que, recurriendo a toda fuente de cultura, brota de donde brotare, con tal que la linfa sea pura y diáfana, se propusiera adquirir los medios de nacionalizar la ciencia, de mexicanizar el saber. El telescopio, a cielo nuestro, sumario de asterismos prodigiosos, en cuyo negro hecho de misterio y de infinito, fulguran a un tiempo el Septentrión inscribiendo eternamente el surco ártico en derredor de la estrella virginal del Polo, y los diamantes siderales que clavan en el firmamento la Cruz austral; el microscopio, a los gérmenes que bullen invisibles en la retorta del mundo orgánico; que en el cielo de sus transformaciones incesan-

tes hacen de toda existencia un medio en que efectuar sus evoluciones; que se emboscan en nuestra fauna, en nuestra flora, en la atmósfera en que estamos sumergidos, en la corriente de agua que se desliza por el suelo, en la corriente de sangre que circula por nuestras venas, y que conspiran, con tanto acierto como si fueran seres conscientes, para descomponer toda vida y extraer de la muerte nuevas formas de vida.

Toda ella se agotaría probablemente en nuestro planeta antes de que la ciencia apurase la observación de cuantos fenómenos nos particularizan y la particularizasen a ella. Nuestro subsuelo, que por tantos capítulos justifica el epíteto de *nuevo* que se ha dado a nuestro mundo: las peculiaridades de la conformación de nuestro territorio constituido por una gigantesca herradura de cordilleras que, emergida del océano en plena zona tórrida, la transforma en templada y la lleva hasta la fría y la sube a buscar la diadema de nieve de sus volcanes en plena atmósfera polar; y allí, en esas altitudes, colmado el arco interno de la herradura por una rampa de altiplanicies que va muriendo hacia el Norte, nos presenta el hecho, único quizás en la vida étnica de la Tierra, de grandes grupos humanos organizándose y persistiendo en existir y evolucionando y llegando a constituir grandes cantidades, y una nación resuelta a vivir, en una altitud en que, en otras regiones análogas del Globo, o los grupos humanos no han logrado crecer, o no han logrado fijarse, o vegetan incapaces de llegar a formar naciones conscientes y progresivas.

Y lo que presenta un interés extraordinario es que no sólo por esas condiciones el fenómeno social, y por consiguiente el económico, el demográfico y el histórico, tienen aquí formas *sui generis*, sino los otros fenómenos, los que se producen más ostensiblemente dentro de la uniformidad fatal de las leyes de la naturaleza: el fenómeno físico, el químico, el biológico, obedecen aquí a particularidades tan íntimamente rela-

cionadas con las condiciones meteorológicas y barológicas de nuestro habitáculo, que puede afirmarse que constituyen, dentro del inmenso imperio del conocimiento, una provincia no autonómica, porque toda la naturaleza cabe dentro de la cuadrícula soberana de la ciencia, pero sí distinta, pero sí característica.

Y si de la naturaleza pasamos al hombre (que, cierto, es un átomo, pero un átomo que no sólo refleja, sino que piensa,) al Universo, qué tropel de singularidades no salen al encuentro. ¿Aquí habitó una raza sola? ¿Las diferencias no estructurales, pero sí morfológicas de las lenguas habladas aquí, indican procedencias distintas en relación con una diversidad, no psicológica, pero sí de configuración y de aspecto de los habitantes de estas comarcas? Si no es un centro de creación este nuestro Continente, ¿a dónde está la cepa primera de estos grupos? ¿Hay acaso una unidad latente de este grupo humano que corre a lo largo de los meridianos de un polo a otro? Estos hombres que construyeron pañosos monumentos en medio de ciudades al parecer concebidas por un solo cerebro de gigante y realizadas por varias generaciones de vencidos o de esclavos de la pasión religiosa, servidores de una idea de dominación y orgullo, pero convencidos de que servían a un dios, también erigieron en sus cosmogonías y teogonías monumentos espirituales más grandes que los materiales; como que tocan por sus cimas, abigarradas al igual de las de sus teocalis, a los problemas eternos, esos en presencia de los cuales el hombre no es más que el hombre, en todos los climas y en todas las razas, es decir, una interrogación ante la noche. ¿Quiénes eran estos hombres, de dónde vinieron, en dónde están sus reliquias vivas en el fondo de este mar indígena sobre que ha pasado desde los tiempos prehistóricos el nivel de la superstición y de la servidumbre, pero que nos revela, de cuando en cuando, su formidable energía latente con

individualidades cargadas de la electricidad espiritual del carácter y la inteligencia?

Y la historia del contacto de estas que nos parecen extrañas culturas aborígenes con los más enérgicos representantes de la cultura cristiana, y la extinción de la cultura, aquí en tan múltiples formas desarrollada, como efecto de ese contacto hace cuatrocientos años comenzado y que no acaba de consumarse, y la persistencia del alma indígena copulada con el alma española, pero no identificada, pero no fundida, ni siquiera en la nueva raza; en la familia propiamente mexicana, nacida, como se ha dicho; del primer beso de Hernán Cortés y la Malintzin; y la necesidad de encontrar en una educación común la forma de esa unificación suprema de la Patria; y todo esto estudiado en sus consecuencias, en las series de fenómenos que determinan nuestro estado social; ¡qué profusión de temas de estudio para nuestros obreros intelectuales y qué riqueza para la ciencia humana podrá extraerse de estos filones, aún ocultos, de revelaciones que abarcan toda la rama del conocimiento de que el hombre es sujeto y objeto a la vez!

Realizando esta obra inmensa de cultura y de atracción de todas las energías de la República, aptas para la labor científica, es como nuestra institución universitaria merecerá el epíteto de *nacional* que el legislador le ha dado; a ella toca demostrar que nuestra personalidad tiene raíces indestructibles en nuestra naturaleza y en nuestra historia; que, participando de los elementos de otros pueblos americanos, nuestras modalidades son tales que constituyen una entidad perfectamente distinta entre las otras y que el *tantum sui simile gentem* de Tácito puede aplicarse con justicia al pueblo mexicano.

Para que sea no sólo mexicana, sino humana esta labor, en que no debemos desperdiciar un sólo día del siglo en que llegará a realizarse, la Universidad no podrá olvidar, a riesgo de consumir sin renovar, el aceite de su lámpara; que le

será necesario vivir en íntima conexión con el movimiento de la cultura general; que sus métodos, que sus investigaciones, que sus conclusiones, no podrán adquirir valor definitivo mientras no hayan sido probados en la piedra de toque de la investigación científica que realiza nuestra época, principalmente por medio de las Universidades. La ciencia avanza proyectando hacia adelante su luz, que es el método, como una teoría inmaculada de verdades que va en busca de la verdad; debemos y queremos tomar nuestro lugar en esa divina procesión de antorchas.

La acción educadora de la Universidad resultará entonces de su acción científica; haciendo venir a ella grupos selectos de la intelectualidad mexicana y cultivando intensamente en ellos el amor puro de la verdad, el tesón de la labor cotidiana para encontrarla, la persuasión de que el interés de la ciencia y el interés de la patria deben sumarse en el alma de todo estudiante mexicano, creará tipos de caracteres destinados a coronar, a poner el sello a la obra magna de la educación popular que la Escuela y la Familia, la gran escuela del ejemplo, cimentan maravillosamente cuando obran de acuerdo. Emerson, citado por el conspicuo presidente de Columbia University, dice: "La cultura consiste en sugerir al hombre, en él una serie de afinidades que le sirven para moderar la violencia de notas maestras que disuenan en su gama, afinidades que nos son un auxilio contra nosotros mismos. La cultura restablece el equilibrio, pone al hombre en su lugar entre sus iguales y sus superiores, reanima en él el sentimiento exquisito de la simpatía y le advierte a tiempo del peligro de la soledad y de los impulsos antipáticos." Y esta sugestión de principios superiores, de ideas justas transmutables en sentimientos altruistas, es obra de todos los hombres que tienen voz en la historia, que adquieren voto decisivo en los pro-

blemas morales que agitan una sociedad; de estos hombres que, sin saberlo, desde su tumba o desde su escritorio, su taller, su campamento o su altar, son verdaderos educadores sociales: Víctor Hugo, Juárez, Abraham Lincoln, León Gambetta, Garibaldi, Kossut, Gladstone, León XIII, Emilio Castelar, Sarmiento, Bjoernson, Karl Marx, para hablar sólo de los vivos de ayer, influyen más y sugieren más a las democracias en formación de nuestros días que todos los tratados de moral del mundo.

Esta educación difusa y penetrante del ejemplo y la palabra, que satura de ideas-fuerzas la atmósfera de la vida nacional durante un periodo de tiempo, toca a la Universidad concentrarla, sistematizarla y difundirla en acción; debe esforzarse en presentar encarnaciones fecundas de esos principios superiores de que Emerson habla; debe realizar la ingente labor de recibir en los dinteles de la escuela en que el maestro ha logrado crear hábitos morales y físicos que orientan nuestros instintos hacia lo bueno, al niño que va a hacer de sus instintos los auxiliares constantes de su razón al franquear la etapa decisiva de la juventud y que va a adquirir hábitos mentales que lo encaminen hacia la verdad, que va a adquirir hábitos estéricos que lo hagan digno de apropiarse la exclamación de Agripa d'Aubigné:

"¡Oh! celeste beauté.

Blanche fille du ciel, flambeau d'éternité!"

Cuando el joven sea hombre es preciso que la Universidad o lo lance a la lucha por la existencia en un campo social superior, o lo levante a las excelsitudes de la investigación científica, pero sin olvidar nunca que toda contemplación debe ser el preámbulo de la acción, que no es lícito al universitario pensar exclusivamente para sí mismo, y que si se pueden olvidar en las puertas del laboratorio al espíritu y a la materia, como Claudio Bernard decía, no podremos moralmente olvidarnos nunca ni de la humanidad ni de la Patria.

La Universidad entonces tendrá la potencia suficiente para coordinar las líneas directrices del carácter nacional, y delante de la naciente conciencia del pueblo mexicano mantendrá siempre alto, para que pueda proyectar sus rayos en todas las tinieblas, el faro del ideal, de un ideal de salud, de verdad, de bondad y de belleza; esa es la antorcha de vida de que habla el poeta latino, que se transmiten en su carrera las generaciones.

*
* *

¿Tenemos una historia? No. La Universidad mexicana que nace hoy no tiene árbol genealógico; tiene raíces, sí, las tiene en una imperiosa tendencia a organizarse, que revela en todas sus manifestaciones la mentalidad nacional, y por eso apenas brota del suelo el vástago, cuando el primer beso del sol de la Patria se cubre de renuevos y yemas, nuncios de frondas, de flores, de frutos. Ya es fuerte, lo sentimos; *fará da se*. Si no tiene antecesores, si no tiene abuelos, nuestra Universidad tiene precursores: el gremio y claustro de la Real y Pontificia Universidad de México no es para nosotros el antepasado, es el pasado. Y sin embargo, la recordamos con cierta involuntaria filialidad; involuntaria pero no destituida de emoción ni interés. Nació con la Colonia, nació con la sociedad engendrada por la conquista cuando no tenía más elementos que aquellos que los mismos conquistadores proporcionaban o toleraban; hija del pensamiento del primer virrey, el magnánimo D. Antonio de Mendoza, y del amor infrangible por el país nuevo del santo padre Las Casas, no pudo venir a luz sino cuando fueron oídos los votos del Ayuntamiento de México, ardientemente secundados por otro gran virrey que mereció de sus coetáneos el sobrenombre de Padre de la Patria. A corta distancia de este sitio se erigió una gran casa blanca, decorada de amplias rejas de fierro vizcaíno, a orillas de uno de esos interminables canales que recorrían en todas direcciones

la flamante ciudad y que pasando por frente de las casas del Marqués (hoy Palacio Nacional), corría a buscar salida por las acequias que cruzaban, como en los tiempos aztecas, la capital de Cortés. Los indígenas que bogaban en sus luengas canoas planas, henchidas de verduras y flores, oían atónitos el tumulto de voces y el bullaje de aquella enorme jaula en que magistrados y dignidades de la Iglesia regentaban cátedras concurridísimas, donde explicaban densos problemas teológicos, canónicos, jurídicos y retóricos, resueltos ya, sin revisión posible de los fallos, por la autoridad de la Iglesia.

Nada quedaba que hacer a la Universidad en materia de adquisición científica, poco en materia de propaganda religiosa, de que se encargaban con brillante suceso las comunidades, todo en materia de educación, por medio de las selecciones lentas en el grupo colonial. Era una escuela verbalizante. el *psitacismo*, que se dice Leibniz, reinaba en ella. Era la palabra y siempre la palabra latina, por cierto, la lanzadera prestigiosa que iba y venía sin cesar en aquella urdimbre infinita de conceptos dialécticos: en las puertas de la Universidad, podíamos decir de las Universidades, hubiera debido inscribirse la exclamación de Hamlet: "palabras, palabras, palabras". Pero la Universidad mexicana, rodeada de la muralla de China por el Concejo de Indias elevada entre las colonias americanas y el exterior, extraña casi por completo a la formidable remoción de corrientes intelectuales que fué el Renacimiento, ignorante del magno sismo religioso y social que fué la Reforma, seguía su vida en el estado en que se hallaban un siglo antes las Universidades cuatrocientistas. ¿Qué iba a hacer? El tiempo no corría para ella, estaba emparedada intelectualmente; pero como quería hablar, habló por boca de sus alumnos y maestros, verdaderos milagros de memorismo y de conocimiento de la técnica dialectizante.

Así pasó su primer siglo, ya dueña de amplio y noble edificio que nos hemos visto obligados a derruir para libertarlo

de la ruina cuando daba abrigo a nuestra Escuela Nacional de Música, con ánimo de restaurarlo en no lejano tiempo con su característico tipo arquitectónico y las elegancias artísticas de piedra y madera que lo decoraban y que nosotros guardamos cuidadosamente. La Universidad de Salamanca que hoy apadrina nuestra Universidad naciente, le dió el tipo de sus constituciones, que pronto quedaron semi-asfixiadas por disposiciones parásitas, hasta que se proyectó en sus claustros la noble y batalladora sombra del obispo Palafox, que lo redujo todo a reglamentos, bien nimios en verdad, pero bien claros y que fueron la norma definitiva de aquella casa de estudios en que la Nueva España intelectual cifró su orgullo, hasta que aparecieron en el horizonte los terribles rivales, los que *ad majorem dei gloriam* iban a monopolizar toda la educación católica.

Nos envanece con razón de nuestros maravillosos inventos, de nuestros descubrimientos de inimaginable trascendencia; nos estamos encarando con el Universo en todas sus sombras; perseguimos el misterio de todas las cosas hasta en los círculos más retirados de la noche del ser; pedimos a la ciencia la última palabra de lo real y nos contesta y nos contestará siempre con la penúltima palabra, dejando entre ella y la verdad absoluta que pensamos vislumbrar, toda la inmensidad de lo relativo. En este dominio, cuánto han pululado los hechos nuevos, los fenómenos impensados, las sorpresas de la naturaleza solicitada con ansiedad premiosa por la mente armada de un instrumento superior a la brújula para encontrar nuevos mundos: armada del *método*. El actual período de la revelación humana hace juego con el de la revelación divina, de donde después del triunfo del cristianismo militante, convertido en catolicismo, nacieron los siglos pios de los órdenes monacales, de los papas teocratas, de las Cruzadas y de la Escolástica. Aquel, el período medioeval, venía de la cruz, del templo, de Dios, y viajó siglos enteros a través del

pensamiento y se perdió en formidable laberinto teológico en busca de la unión metafísica entre las reglas de la conducta humana y la idea divina; buscaba al hombre con la linterna escolástica, cuando la esplendente aurora del Renacimiento apagó la linterna y mostró al hombre: de este hombre compuesto de pasiones, odios y amores, de atracciones y repulsiones, pero reducido por la razón, no por la fe, a una unidad armónica tal como la filosofía pagana lo había concebido, la ciencia nueva partió. Vosotros conocéis los episodios de este periplo asombroso en torno de la verdad por los mares sin playas de que, en visión desoladora, habla Littré; la ciencia, la nueva revelación se atreve a navegar en ellos, rumbo a montañas cada vez más altas coronadas de misterioso fulgor: al columbrarlas uno de los primates de la ciencia, el eminente físico inglés Thompson, exclamaba ayer en una asamblea de sabios: «¡Grandes son las obras del Señor!» ¿Será que la ciencia del hombre es un mundo que viaja en busca de Dios?

Pues bien, todos los descubrimientos, incontables ya, que en ese viaje ha logrado la ciencia; las aplicaciones y modalidades de la energía eléctrica que se va convirtiendo a los ojos del filósofo en una suerte del alma del Universo, delante de la cual la materia y el éter parecen simples conceptos de nuestra mente; los que han mostrado la manera de retener en un hilo de cobre un mundo de sonidos que desaparecen con un simple contacto metálico; los que han hecho venir al objetivo del telescopio fotográfico miriadas de astros escondidos en la sombra que hasta hace pocos años un poeta habría calificado de eterna, y los que han traído al ojo del microscopio la inimaginable cantidad de nebulosas orgánicas que componen lo infinitamente pequeño y se descomponen en individuos mejor dotados para preparar la muerte que Atila, Timur-leng o Ahuitzotl; y los que han hallado en los rayos Roentgen, en las propiedades del *radium* y en la radioactividad de los cuerpos una tentación premiosa para agregar al mundo visible otro

mundo insospechado y que podríamos llamar sobrenatural, si la naturaleza nos fuera realmente conocida; toda esa especie de remoción del Cosmos efectuada desde el fondo del laboratorio, que despierta cada día de labor y de observación la forma nueva de una fuerza latente, de donde surgen sin solución de continuidad los fenómenos analizables, clasificables por los procedimientos de la ciencia, que es a modo de inflexible pauta aplicada por nuestro espíritu a la tela sin fin de los seres; todo esto no puede compararse en trascendencia para la humanidad, en la influencia sobre el destino del ser humano, a la invención de la imprenta y al descubrimiento de la América en el siglo XV, así como estos hallazgos resultan insignificantes al lado del de la producción voluntaria del fuego, sin el que el hombre habría sucumbido en los albores del período cuaternario.

La Imprenta engendró al libro que puso al espíritu en contacto consigo mismo, y el descubrimiento de América completó a la humanidad que se sentía deficiente y reemplazó la fe teológica con la fe científica. De entrambas nació la edad moderna: de entrambas nació la Universidad de México, que con la de Lima constituye la primera tentativa de los monarcas españoles para dar alas al alma americana que comenzaba a formarse dolorosamente.

La parlante casa de estudios no fué un puerto para las naves que se atrevían a surcar los mares, nuevos del intelecto humano en el Renacimiento; no, ya lo dijimos, la base de la enseñanza era la escolástica en cuyas mallas se habían vuelto flores de trapo las doctrinas de los grandes pensadores católicos que, con Tomás de Aquino y Vives, habían desaparecido de la escena, que quedó vacía hasta el cardenal Newman; no de inteligencia y sentimiento místico, que fueron siempre exuberantes, sino de genuina creación filosófica. Deduciendo siempre de los dogmas, superiores o extraños a la razón, o de los comentarios de los Padres, y peritísimos en recetas dia-

lécticas o retóricas. los maestros universitarios, aquí como en la vieja España, hacían la labor de Penélope y enseñaban cómo se podía discurrir indefinidamente siguiendo la cadena silogística para no llegar ni a una idea nueva ni a un hecho cierto; aquello no era el camino de ninguna creación, de ninguna invención; era una telaraña oral hecha de la propia substancia del verbo y el *quod erat probandum* no probaba sino lo que ya lo estaba en la proposición original. Y esta técnica era la que se aplicaba a los estudios canónicos, jurídicos, médicos y filosóficos; como que la Teología hablaba como ama y señora, y como ciencias esclavas las otras.

Ya podían resultar, como resultaron, universitarios que eran prodigios razonantes de memoria y de silogística, entre profesores y alumnos de la Universidad; aquel organismo se convirtió en un caso de vida vegetativa y después en un ejemplar del reino mineral: era la losa de una tumba: el epitafio lo ha escrito el padre Agustín Rivera en la Historia de la Filosofía en la Nueva España.

En vano el obispo Palafox, lleno de inquina contra la Compañía de Jesús, intentó en el siglo XVII galvanizar aquel cadáver; pronto volvió a la impotencia, a la atonía, a la descomposición. La educación jesuítica, radicalmente imperfecta como es, porque basa toda la educación del carácter en la obediencia ciega y muda, porque hace del conocimiento de los clásicos latinos la parte principal de la enseñanza, sin poder penetrar en la verdadera alma clásica que fué la del Renacimiento por ellos anatematizada, estuvo en México en manos de hombres de soberana virtud, tan cultos en su época, tan humanos, tan abnegados como misioneros, tan dúctiles como cortesanos, tan tolerantes en el sentido social del vocablo, tan penetrantes psicólogos y tan empeñados en levantar el alma mexicana, que la Universidad entró en un rápido ocaso de luna en presencia de aquel sol moral y mental que le nacía en frente. Fué irremediable su decadencia hasta como

escuela para formar clérigos; pronto los seminarios conciliares, nacidos de las prescripciones tridentinas y ajustados a ellas, hicieron a la Universidad una competencia muy práctica y eficaz; los grados fueron poco a poco un honor depreciado, un modo de proporcionar recursos a los viejos doctores universitarios. Ni siquiera la expulsión de los jesuitas decretada por Carlos III sirvió a la Universidad dejándole el campo libre; ni siquiera pudo así atraerse a la clientela criolla, que pertenecía por completo a los padres expulsados, reanimando su enseñanza; nada: fué muy lenta, pero irremediable su agonía. No supo, ni habría podido quizás, abrir una puerta al espíritu nuevo y renovar su aire y reoxigenar su viejo organismo que tendía a convertirse en piedra: no lo supo y fueron los seminarios los que prepararon el espíritu de emancipación filosófica, obligando a los alumnos a conocerlo en las refutaciones que de él se hacían o en algunos libros clandestinamente importados en las aulas; y fueron los seminarios y no la Universidad los que cultivaron silenciosamente las grandes almas de los insurgentes de 1810, en las que, por primera vez, la Patria fué.

Cuando los beneméritos próceres que en 1830 llevaron al Gobierno la aspiración consciente de la Reforma, empujaron las puertas del vetusto edificio, casi no había nadie en él, casi no había nada. Grandes cosas vetustas, venerables unas, apollilladas otras; ellos echaron al cesto las reliquias de trapo, las borlas doctorales, los registros añejos en que constaba que la real y pontificia Universidad no había tenido ni una sola idea propia, ni realizado un solo acto trascendental a la vida del intelecto mexicano, no había hecho más que argüir y redargüir en aparatosos ejercicios de gimnástica mental en presencia de arzobispos y virreyes durante trescientos años.

No puede, pues, la Universidad que hoy nace, tener nada de común con la otra; ambas han fluído del deseo de los representantes del Estado de encargar a hombres de alta ciencia de la misión de utilizar los recursos nacionales en la educación y la investigación científicas, porque ellos constituyen el órgano más adecuado a estas funciones, porque el Estado ni conoce funciones más importantes, ni se cree el mejor capacitado para realizarlas. Los fundadores de la Universidad de antaño decían: «la verdad está definida, enseñadla;» nosotros decimos a los universitarios de hoy: «la verdad se va definiendo, buscadla;» Aquéllos decían: «sois un grupo selecto encargado de imponer un ideal religioso y político resumido en estas palabras: Dios y el Rey.» Nosotros decimos: «sois un grupo en perpetua selección dentro de la substancia popular y tenéis encomendada la realización de un ideal político y social que se resume así: democracia y libertad.»

Para llegar más brevemente, no a realizar sus fines, porque la historia del pensamiento humano prueba que no se realizan nunca aunque se vayan realizando todos los días, sino a hacerse dueño de los medios de realizarlos, el legislador ha querido reducir, para intensificarla, la acción directa de la nueva institución. No por eso, sin embargo, la hemos creado extraña a toda ingerencia en la educación primaria, la más fundamental, la más necesariamente nacional; pero esa ingerencia no podía pasar del límite de la formación precisa venida por el conducto más autorizado. No podría pasar de allí, porque consta en nuestras leyes el acuerdo entre el pueblo y el Gobierno para reservar a éste cuanto a la primera educación se refiere. Este acuerdo es indiscutido y nosotros los mexicanos lo consideramos indiscutible; pertenece al orden político: consiste en que, penetrados hondamente del deber indeclinable de transformar la población mexicana en un pueblo, en una democracia, nos consideramos obligados a usar directa y constantemente del medio más importante de reali-

zar este propósito, que es la Escuela Primaria. Todos los demás medios coadyuvan; no hay uno solo de cuantos significan paz, progreso, que no sea educador, porque no hay uno solo que no acerque a los pueblos y propague el amor, el trabajo y facilite la marcha de la Escuela; pero ésta que sugiere hábitos, que trata de convertir la disciplina externa e interna, que unifica la lengua, levantando una lengua nacional sobre el polvo de todos los idiomas de cepa indígena, creado así el elemento primordial del alma de la nación; esta Escuela, que prepara sistemáticamente en el niño al ciudadano, iniciándolo en la religión de la Patria, en el culto del deber cívico, esta Escuela forma parte integrante del Estado, corresponde a una obligación capital suya, la considera como un servicio público, es el Estado mismo en función del porvenir.

Tal es la razón primera de nuestro sistema y tal es la de haber mantenido fuera del alcance universitario a las Escuelas Normales, a pesar de que no ignoramos la tendencia actual de substituir a la enseñanza normal una enseñanza pedagógica universitaria. No sé cuáles resultados produciría en otras partes; aquí sindicamos de desastroso, régimen semejante, en el momento actual de nuestro desenvolvimiento escolar.

La Universidad está encargada de la educación nacional en sus medios superiores e ideales; es la cima en que brota la fuente, clara como el cristal de la fuente horaciana, que baja a regar las plantas germinadas en el terruño nacional y sube en el ánima del pueblo, por alta que éste la tenga puesta. En tanto, todo aquello que forma parte de disciplinas concretas y utilitarias ligadas con el desenvolvimiento de necesidades de que depende en parte la vida actual del Estado, como las enseñanzas comerciales e industriales, materia de futuras universidades; todo lo que es necesario proteger perseverantemente en el orden económico, porque lo ténue de la ambición; en que evoluciona exige la creación temporal de me-

dios facticios favorables a esa evolución que tenemos por indispensable a la cultura nacional, me refiero a las enseñanzas estéticas, quedan en nuestro plan pedagógico en su situación actual, también en la íntima dependencia del Estado.

Así pues, la Universidad nueva organizará su selección en los elementos que la escuela primaria envíe a la secundaria; pero ya aquí los hará suyos, los acendrará en fuertes crisoles, de donde extraerá al fin el oro que en medallas grabadas con las armas nacionales pondrá en circulación. Esa enseñanza secundaria está organizada, aquí y en casi toda la República, con una doble serie de enseñanzas que se suceden preparándose unas a otras, tanto en el orden lógico como en el cronológico, tanto en el orden científico como en el literario. Tal sistema es preferido al de enseñanzas coincidentes, porque nuestra experiencia y la conformación del espíritu mexicano parecen darle mayor valor didáctico; sin duda que está en cierta pugna con la actual interdependencia científica, mas su relación con la historia de la ciencia y con las leyes psicológicas que se fundan en el paso de lo más a lo menos complejo, es innegable.

Sobre esta serie científica que informa el plan de nuestra enseñanza secundaria, «la serie de las ciencias abstractas» que apellida Augusto Cômpte, está edificado el de las enseñanzas superiores profesionales que el Estado expensa y sostiene con cuanto esplendor puede; no porque se crea con la misión de proporcionar carreras gratuitas a individuos que han podido alcanzar ese tercer o cuarto grado de la selección, sino porque juzga necesario al bien de todos que haya buenos abogados, buenos médicos, ingenieros y arquitectos; cree que así lo exige la paz social, la salud social y la riqueza y el decoro sociales, satisfaciendo necesidades de primera importancia. Sobre estas enseñanzas fundamos la Escuela de Altos Estudios; allí la selección llega a su término; allí hay una división amplísima de enseñanzas; allí habrá una distribución

cada vez más vasta de elementos de trabajo; allí convocaremos, a compás de nuestras posibilidades, a los príncipes de las ciencias, y las letras humanas, porque deseamos que los que resulten mejor preparados por nuestro régimen de educación nacional, puedan escuchar las voces mejor prestigiadas en el mundo sabio, las que vienen de más alto, las que van más lejos; no sólo las que producen efímeras emociones, sino las que inician, las que alientan, las que revelan, las que crean. Esas se oirán un día en nuestra Escuela; ellas difundirán el amor a la ciencia, amor divino, por lo sereno y puro, que funda idealidades como el amor terrestre funda humanidades.

Nuestra ambición sería que en esa Escuela, que es el pedáneo más alto del edificio universitario, puesto así para descubrir en el saber los horizontes más dilatados, más abiertos, como esos que sólo desde las cimas excelsas del planeta pueden contemplarse; nuestra ambición sería que en esa Escuela se enseñase a investigar y a pensar, investigando y pensando, y que la substancia de la investigación y el pensamiento no se cristalizase en ideas dentro de las almas, sino que esas ideas constituyesen dinamismos perennemente traducibles en enseñanza y en acción, que sólo así las ideas pueden llamarse fuerzas; no quisiéramos nunca ver en ella torres de marfil, ni vida contemplativa, ni arrobamientos en busca del *mediador plástico*; eso puede existir y quizás es bueno que exista en otra parte; no allí; allí no.

Una figura de implorante vaga hace tiempo en derredor de los *templa serena* de nuestra enseñanza oficial: la filosofía; nada más respetable ni más bello. Desde el fondo de los siglos en que se abren las puertas misteriosas de los santuarios de Oriente, sirve de conductora al pensamiento humano, ciego a veces. Con él reposó en el estilóbato del Partenón que no habría querido abandonar nunca; lo perdió casi en el tumulto de los tiempos bárbaros y reuniéndose a él y guiándolo-

lo de nuevo se detuvo en las puertas de la Universidad de París, el *alma mater* de la humanidad pensante en los siglos medios; esa implorante es la Filosofía, una imagen trágica que conduce a Edipo, el que ve por los ojos de su hija lo único que vale la pena de verse en este mundo, lo que no acaba. lo que es eterno.

¡Cuánto se nos ha tildado de crueles y acaso de beocios, por mantener cerradas las puertas a la ideal Antígona! La verdad es que en el plan de la enseñanza positiva la serie científica constituye una filosofía fundamental; el ciclo que comienza en la matemática y concluye en la Psicología, en la Moral, en la Lógica, en la Sociología, es una enseñanza filosófica, es una explicación del Universo; pero si como enseñanza autonómica no podíamos darle en nuestros programas su sede marmórea, nosotros que teníamos tradiciones que respetar, pero no que continuar ni seguir, si podíamos mostrar el modo de ser del Universo hasta donde la ciencia proyectara sus reflectores, no podíamos ir más allá, ni dar cabida en nuestro catálogo de asignaturas a las espléndidas hipótesis que intentan explicar no ya el *cómo*, sino el *por qué* del Universo. Y no que hayamos adoptado un credo filosófico que fuese el *positivismo*: basta comparar con la serie de las ciencias abstractas propuesta con el gran pensador que lo fundó la adoptada por nosotros, para modificar este punto de vista; no, un espíritu laico reina en nuestras escuelas; aquí, por circunstancias peculiares de nuestra historia y de nuestras instituciones, el Estado no podría, sin traicionar su encargo, imponer credo alguno; deja a todos en absoluta libertad para profesar el que les impongan o la razón o la fe. Las lucubraciones metafísicas que responden a un invisible anhelo del espíritu y que constituyen una suerte de religión en el orden ideal, no pueden ser materia de ciencia, son supremas síntesis que se ciernen sobre ella y que frecuentemente pierden con ella el contacto. Quedan a cargo del talento, alguna vez del genio, siempre de la conciencia in

dividual; nada como esa clase de mentalismos para alzar más el alma, para contentar mejor el espíritu, aun cuando, como suele suceder, proporcionan desiluciones trágicas.

Hay, sin embargo, trabajos de coordinación, ensayos de totalización del cocimiento que sí tienen su raíz entera en la ciencia, y una sección en la Escuela de Altos Estudios los comprenden bajo el título de *filosofía*. Nosotros abriremos allí cursos de Historia de la Filosofía, empezando por la de las doctrinas modernas y de los sistemas nuevos o renovados desde la aparición del positivismo hasta nuestros días, hasta los días de Bergson y W. James. Y dejaremos libre, completamente libre el campo de la metafísica negativa o afirmativa al monismo por manera igual que al pluralismo, para que nos hagan pensar y sentir, mientras perseguimos la visión pura de esas ideas eternas que aparecen y reaparecen sin cesar en la corriente de la vida mental: un Dios distinto del Universo, un Dios inmanente en el Universo, un Universo sin Dios.

¿Qué habríamos logrado si al realizar este ensueño hubiéramos completado con una estrella mexicana un asterismo que no fulgurase en nuestro cielo? No; el nuevo hombre que la consagración a la ciencia formó en el joven neófito que tiene en las venas la savia de su tierra y la sangre de su pueblo, no puede olvidar a quién se debe y a qué pertenece; el *sursum corda* que brote de sus labios al pie del altar debe dirigirse a los que con él han amado; a los que con él han sufrido; que ante ellos eleve, como una promesa de libertad y redención la hostia inmaculada de la verdad. Nosotros no queremos que en el templo que se erige hoy se adore una Atena sin ojos para la humanidad y sin corazón para el pueblo dentro de sus contornos de mármol blanco; queremos que aquí vengan las selecciones mexicanas en teorías incesantes para adorar a Atena *promakos*, a la ciencia que defiende a la Patria.

SEÑOR RECTOR DE LA UNIVERSIDAD:

Al depositar en vuestras manos el gobierno universitario, el Jefe de la Nación ha querido premiar una labor santa de más de medio siglo, en que habéis puesto al servicio de varias generaciones escolares no sólo vuestra inteligencia, sino vuestro corazón. No sólo habéis sido un profesor, sino un educador; no sólo habéis formado juriconsultos, sino habéis formado hombres; sus almas eran como todas, cálices: o de arcilla, o de cristal, o de oro; en cada uno de esos cálices habéis depositado una gota de vuestra alma buena. Hoy vais a continuar vuestra obra desde más alto, dirigiendo la primera marcha de la Universidad naciente; nada olvidaréis en el desempeño de vuestra ardua y fecunda tarea: ni vuestra impecable ciencia de jurista, ni vuestro amor por el pasado, ni vuestra fe, juvenil todavía, en el progreso. Contáis para el desempeño de vuestra misión con la ardiente simpatía de tres generaciones de hombres de estudio, con el respeto de la sociedad, con la confianza del Gobierno de quien vuestro encargo rectoral os constituye en colaborador íntimo.

El pueblo de México y su Gobierno y la Universidad a cuyo nacimiento asistís como buenas hadas, señores delegados universitarios, os dan por vuestra deferencia las gracias más efusivas y os ruegan que las trasmitáis a vuestras universidades respectivas, a quienes desde hoy consideramos como nuestras hermanas maternas, como nuestras mensajeras, como nuestras amigas. Tres de entre ellas han sido llamadas, por eminentemente representativas, para apadrinar en nombre de todas, porque todas habrían merecido esta distinción, este acto que quedará marcado hondamente en los anales de

la vida moral de México: la Universidad de París, la que enseñó a la Edad Media su lenguaje intelectual, la que inició la vida del pensamiento puro, alzando desde lo alto de Santa Geneveva la antorcha de Abelardo, que casi era una protesta, que era casi una herejía; la Universidad de París, la maestra universal, el *alma mater* de cuatro siglos de teología y filosofía, la que con su vida y su agonía larguísima y con su muerte y su transformación imperial y su espléndida resurrección de hoy, prueba que la inteligencia está condenada a eclipses y catalepsias cuando no respira su oxígeno que es la libertad: la Universidad de Salamanca, en cuyos estatutos se sembró la planta exótica de nuestra Universidad colonial, porque representa nuestra tradición, porque en ella queremos proclamar nuestro abolengo del que, a riesgo de ser tenidos no sólo por ingratos, sino por incapaces de sentido histórico, es decir, por incapaces de cultura, no podemos renegar, como no renunciamos tampoco a nuestro abolengo indígena, dígallo nuestro orgullo en refundir en la misma religión cívica las memorias del azteca Cuauhtémoc, del criollo Hidalgo y del tzapoteca Juárez; la Universidad de California, nuestra amiga más antigua con ser tan joven tipo de estas instituciones tales como en América se conciben, abiertas de par en par a las corrientes nuevas, buscadoras de todas las enseñanzas de cualquiera procedencia que sean con tal que dejen su simiente en el suelo patrio, y que bajo la altísima dirección intelectual y moral de su presidente puede tomar como lema el apotegma de William James: «La experiencia inmediata de la vida resuelve los problemas que desconciertan más a la inteligencia pura».

A estas tres Universidades asociamos en nuestro afecto nuestra gratitud a todas las otras que nos han enviado sus saludos de simpatía o que han venido aquí en las personas de sus enviados.

El cerebro moderno ellas lo componen; la unidad del mundo intelectual, de la civilización humana, ellas la consti-

tuyen; la acción benéfica de la ciencia sobre el desenvolvimiento social parte de ellas sobre todo; el día, hagamos por que no esté lejos, en que las Universidades se ligen y confederen en la paz y el culto del ideal en el progreso, se realizará la aspiración profunda de la historia humana.

LA REVOLUCION FRANCESA.

LA NACIÓN SOBERANA.

(1789-1791).

Una procesión fastuosísima en que la Corte, la nobleza y el alto clero lucían sus espléndidos arreos y el *tiers état*, se presentó austeramente vestido de negro; una sesión presidida por el rey en toda su magnificencia y en que tomaron parte todos los de la procesión, inauguraron en Versalles los Estados generales. Un simple hecho puso de resalto la inmensa transformación verificada en siglo y medio: los diputados populares hablaban al rey de rodillas en el siglo XVII; ahora, en medio de la estupefacción general, al sentarse el rey y cubrirse, los diputados se sentaron y se cubrieron también. La Corte quería que los Estados sólo se ocuparan en votar los tributos nuevos; el Estado llano quería legislar, quería el poder, sus individuos sentían inusitada fuerza en ellos, se creían, y lo eran, representantes del nuevo soberano, la opinión; en ellos la patria se convertía en nación; por eso lo osaron todo y todo lo lograron. Venciendo la resistencia del alto clero y la nobleza, a moción de Sieyès, el *tiers*, por representar las 96 centésimas partes del pueblo francés, se erigió en 17 de junio en Asamblea Nacional y tomó medidas para impedir su

disolución, garantir la deuda pública y proveer a la subsistencia del pueblo. El rey, que se ocupaba en cazar, y que en aquellos días en que sorteaban los destinos de la monarquía, apuntaba en su libro de memorias los incidentes de sus cacerías, indiferente e inerte ante un peligro que amenazaba arrancarlo de sus hábitos, el rey, obligado por la reina y por la Corte, se decidió a dar un golpe de Estado. Tratábase de impedir a los diputados reunirse; éstos lo hicieron en un salón público, *el Juego de Pelota*, y ahí juraron, con inmensa efusión, no separarse hasta no haber *constituido a la nación*. La Corte hizo otro esfuerzo, y el rey, en una sesión regia, ordenó a los representantes que se disolviera la Asamblea, restituyendo en sus prerrogativas a los cuerpos privilegiados; que no se variase el sistema de impuestos, etc. Y como, terminada la sesión, los diputados continuasen reunidos en Asamblea, un maestro de ceremonias intentó disolverlos, retirándose aterrado ante un apóstrofe fulminante de Mirabeu. «Sois hoy, agregó Sieyès, lo que erais ayer; deliberemos». El príncipe de Orleans y una parte de la nobleza y el clero se unieron a la Asamblea.

Paris: el 14 de julio.—Crecía el peligro, la efervescencia era general; en París, hambriento y loco, tocaba al paroxismo; la reina, alma desde entonces de la conjuración contrarrevolucionaria, pero cohibida en sus deseos por la masa bondadosa del rey, hizo aglomerar entre Versalles y París los regimientos extranjeros al servicio del monarca, alemanes y suizos. La Asamblea tomó entonces el título de *Constituyente*, y pidió el alejamiento de las tropas; el rey contestó expulsando a Necker, favorable a la Asamblea, y mientras ésta daba al ministro caído un voto de gracias, en París estallaba insurrección formidable: los oradores excitaban al pueblo en las plazas y encrucijadas; hombres de acción y de sangre organizaban y armaban de picas al ejército de la revuelta; tres días tocaron las campanas arrebató, las guardias francesas fra-

ternizaban con el pueblo, y el 14 de julio de 1789, en un raptó de entusiasmo, el pueblo decidió y ejecutó con sorprendente audacia, un acto pedido por todos los programas electorales: la destrucción de la *Bastilla*, de la fortaleza en que se encerraba a los ciudadanos por orden del rey, sin juicio, sin sentencia; del símbolo siniestro que significaba que la libertad individual estaba a merced de un hombre. Por desgracia el pueblo manchó de sangre su victoria; pero el pueblo no se dirigió más que por instintos y sentimientos; la razón, la reina del mundo, según los filósofos, se disolvía y desaparecía entre el humo y los gritos de la pelea; Francia y Europa entera saludaron con júbilo aquel acto de suprema energía. Ese día el absolutismo había concluido en Francia; la Corte, asustada, retiró sus fuerzas; los príncipes y los nobles emigraron en dorados enjambres huyendo de la tormenta, y la Asamblea se sintió dueña de todo; ya tenía la fuerza: París era su ejército.

La Asamblea constituyente.—Con los colores de París (azul y rojo) y el blanco del estandarte real hizo la Revolución su bandera, que pronto flameó sobre las ciudades y aldeas de Francia y en manos de las milicias nacionales, cuyo jefe fué un marqués, entusiasta adorador de la libertad, el compañero de Washington, el prodigiosamente popular Lafayette, «el verdadero rey», decían irónicamente los cortesanos. ¡Ay de los reyes coronados por las caprichosas simpatías del pueblo; o son sus esclavos o sus víctimas! El desorden, el desgobierno general, habían hecho normal la anarquía; por todas partes se levantaban bandas armadas, como las *jacqueries* del Siglo XV que saqueaban los castillos, los destruían, quemaban los archivos en donde constaban los derechos del señor feudal contra el vasallo, y sembraban el terror por todos los ámbitos del país. La Asamblea, ante esta insurrección brutal y justa contra la opresión de los feudales (que había dejado de ser política para convertirse en puramente social), resolvió tomar una decisión soberana; mas los representantes de la nobleza,

penetrados profundamente de aquel gigantesco movimiento de renovación, se adelantaron a esta decisión, y en la noche del 4 de agosto renunciaron a sus títulos y sus derechos feudales y, con un ardor creciente de generoso civismo, las ciudades, las provincias renunciaron también a sus privilegios; por fin la Francia *una* surgió. «Demos gracias a Dios, exclamaba el Arzobispo de París», al concluir aquella noche memorable que se llevó con ella, dice Michelet, el sueño inmenso y penoso de mil años de edad media.

Todo esto avivaba hasta el delirio convulsivo las ilusiones de aquella multitud; sér heterogéneo y abigarrado que en esa época parecía tener una sola alma y un cuerpo solo: su cerebro, debilitado por el hambre padecía horribles alucinaciones veía en todas partes monopolizadores de trigo, y saqueaba y mataba; y como los decretos de la Asamblea no eran pan, la irritación crecía y la miseria se convirtió, en la imaginación de aquellas feroces turbas, en un complot tramado por la reina (la austriaca) y sus secuaces. Cierta día el populacho de París, amotinado y loco de rabia y de hambre, se trasladó a Versalles, en donde la reina había tenido la suprema imprudencia de animar con sus sonrisas y sus lágrimas algunas manifestaciones de la oficialidad contrarrevolucionaria; después de asaltar el palacio y amenazar la vida de los reyes, la plebe armada se los llevó en rehenes a París (octubre, 1879).

La Asamblea, en medio del enorme ejército de la insurrección permanente de París, y casi siempre bajo la presión de las masas exaltadas y de los fanáticos que las guiaban, seguía elaborando la Constitución. Los individuos que la componían eran, en su mayor parte, ideólogos puros: lo que el desenvolvimiento dialéctico de una idea demostraba, eso era lo cierto, nunca se tomaban el trabajo de confrontar sus consecuencias con la realidad. Lo mismo habían sido todos sus precursores: todos tenían confianza ciega en la razón; todos procedían, como los geómetras, deductivamente; por ejemplo, he aquí un

axioma: "el pueblo es soberano," y como el soberano no puede tener dos voluntades, no puede haber dos Cámaras; esto es matemático, pero no es ni real, ni social. Sin embargo, entre estos ideólogos había dos corrientes: la que hacía algún caso de la historia propia y extraña, esta escuela procedía de Montesquieu y los economistas; y la que todo lo subordinaba a la razón pura, al derecho absoluto, esta era la escuela de Rousseau. La primera, la reformista, había fracasado con Turgot, ya lo vimos: entonces triunfó y se enseñoreó de los ánimos la segunda, que se fundaba en las lucubraciones del *Contrato social*, programa ideal, trazado por Rousseau para Ginebra, su patria, y que de estos dos principios: los hombres son iguales, el pueblo es soberano, infería lógicamente una serie de proposiciones de valor puramente verbal, que él emitía como principios eternos de legislación (V. sobre la filosofía política de Rousseau, los análisis de Taine y el penetrantísimo del gran liberal inglés Morley). Y no podía ser de otra suerte; los legisladores de 89 no podían ver las cosas de otro modo: los males eran de tal naturaleza, de tal magnitud, que los remedios tenían que ser radicales: y ¿qué remedio más radical que destruirlo todo y poner en su lugar algo absolutamente distinto? ¿Y qué cosa lo era más que afirmar con Juan Jacobo que los hombres nacen libres e iguales, que el pacto social concluido entre ellos había sido constantemente violado, y que era preciso volver al estado natural, porque los derechos del hombre eran inalienables e imprescriptibles, y el olvido de esta verdad era lo que únicamente podía haber dado vida a todas las formas del régimen antiguo? ¿Y cuáles eran estos derechos? "La libertad, la propiedad, la seguridad, la resistencia a la opresión" (art. 2º de la Declaración). Palabras elásticas y vagas que no podían reducirse a reglas legales sin que surgiesen las condiciones, las trabas, las imposibilidades que nulifican su carácter absoluto. Pero en cambio, ¡qué bien se adecuaba este modo de ver a la

aspiración de todos los pensadores; qué bien estas ideas, que con razón se llamaron dogmas y que fueron puestas bajo los auspicios de Dios mismo, respondieron al infinito anhelo de justicia y de felicidad que se encendía en el corazón de las masas; cómo formaron así una religión nueva; la que debía dar a la revolución la indómita energía con que había de luchar y de vencer! ¿Por qué? *Porque eran un ideal* No tenían ninguna verdad en lo pasado; pero la libertad, la igualdad, conquistas laboriosas y dolorosas de la civilización, tomaban forma repentina ante los ojos del alma, revelaban el punto de llegada de las líneas convergentes del progreso humano, y hacia ellas marchó Francia, cantando la Marsellesa y a la sombra de su bandera nueva, y todos los pueblos civilizados se levantaron y la siguieron.

Fueron proclamados solemnemente los derechos del hombre, lo que indicaba que la Asamblea se consideraba como legisladora directa de Francia e indirecta del mundo; esto obedecía al carácter nacional; desde el siglo XI ya se notan en la literatura francesa las dos tendencias que al fin del siglo XVIII dominaban los ánimos la de *la unidad* y la de *expansión*: Francia, desde entonces, se creía llamada a ejercer una hegemonía moral sobre Europa (v. *G. París*. La Poesía en la Edad Media). Después siguieron los pasos de gigante de la Revolución: *la nacionalización de los bienes eclesiásticos*, que era justa, fué el primero; pero fué más allá: inspirada por la pasión, si no antirreligiosa, si anticatólica, que heredaba de toda la filosofía del siglo, se decidió *a constituir* la iglesia de Francia sobre bases democráticas, emancipándola de Roma casi, y la Asamblea se volvió Concilio; además, obligó a los clérigos a jurar *esa constitución* o a ser considerados como refractarios y enemigos del orden público; esta obra de intolerancia, tan en contradicción con la libertad religiosa proclamada, provenía de que la Asamblea, heredera inconsciente del régimen que pretendía matar, no había hecho más que subs-

tituir a un absolutismo, otro; era un Luis XIV colectivo y demagógico. Fué la *Constitución civil del clero* un error inmenso; acabó con las vacilaciones de Luis XVI y lo convirtió en mortal enemigo de la Revolución; provocó la guerra, menos realista que religiosa de la Vendée; hizo de la monarquía y la religión una sola cosa, y el mal que esto causó no fué inmediato, pero sí fué decisivo en contra de la Revolución; Napoleón, aclamado por las masas como restaurador del altar, fué la consecuencia de la Constitución mencionada. Entretanto las federaciones patrióticas celebradas en las antiguas provincias, en odio al antiguo régimen, produjeron *la espléndida federación total celebrada en París en el primer aniversario de la toma de la Bastilla*; Francia y la Revolución ahí se unimismaron; lo están todavía.

La Constitución política en obra conservaba la monarquía más que una función subalterna, como una sombra; en realidad consagraba *la omnipotencia del Poder Legislativo*.

Mirabeau, que dominaba con su voz estentórea y su formidable elocuencia aquella borrasca espantosa de ideas, pasiones y actos, se opuso a esa omnipotencia. Hombre educado en todas las depravaciones, nutrido de todas las teorías (su excéntrico padre era un filántropo misantrópico, si cabe decirlo así), minado por todos los vicios, autor de libros y aventuras escandalosas, político sagaz como ninguno, en medio de su existencia torrencial, Mirabeau fué "el hombre de estado," en la más alta acepción de la palabra, en la Asamblea constituyente: lo sabía todo y lo preveía todo, dice Mad. de Stael—y lo quería todo.—Mirabeau había contribuido a desencadenar la revolución; en su concepto ya era preciso enfrenarla; la libertad civil quedaba conquistada, era urgente darle por garantía la libertad política, y para ello equilibrar el Gobierno; el Monarca, el Poder Ejecutivo, necesitaba ser fuerte. Ese fué el plan del gran tribuno ya desarrollado públicamente ante la Asamblea en discursos que le preparaban frecuente-

mente sus colaboradores, pero que recibían de él la inspiración y el alma, ya secretamente ante la Corte, que lo acogía, lo pagaba, porque Mirabeau era un insaciable vorágine de dinero y de placer, y al fin se estrellaba en la inercia del rey, en la desconfianza y la antipatía de la reina. Mirabeau conjuraba a detenerse a los unos, a arriesgarse a los otros sin miedo ni a la guerra civil, ni a la disolución de la Asamblea, porque pretendía hacer del rey el jefe positivo de la revolución, teniéndolo a él por Ministro y a Talleyrand por agente en el exterior. Si no, profetizaba el triunfo de la demagogia, la ruina del trono y el martirio de la familia real. No le hicieron caso; procuró la Corte envilecerlo por medio del dinero, ya que no comprarlo, porque jamás el dinero creó en él una idea ni un propósito; la Asamblea le imposibilitó ser ministro, y el gran tribuno murió, víctima del genio y del vicio, pidiendo flores y colmado de popularidad y de gloria.

Sólo una parte del plan de Mirabeau entraba en los designios del rey y, sobre todo, de la reina, cada vez más mujer ante las angustias terribles de su situación, cada vez más resuelta al sacrificio, pero más imprevisora y más desgraciada en sus proyectos: la evasión. En verdad era ya el único medio de salvación, porque la invasión, ya entonces invocada en secreto, podía dar al peligro, repentinamente, proporciones de muerte. Concertada esa evasión con el comandante militar de Metz, el el marqués de Boutillé, se puso en ejecución tan torpemente, que el rey, capturado en Varennes, fué conducido a París en medio de las milicias nacionales exaltadas hasta el paroxismo, mientras la Asamblea decretaba la suspensión de las funciones reales. Entonces la lucha fué a las claras; un Mirabeau plebeyo, Danton, dueño por su elocuencia y su energía de los núcleos orgánicos de la revuelta en París, arrojaba en las masas el fermento republicano; el rey trataba de precipitar la coalición de las potencias para salvarlo, aun a costa del desmembramiento de Francia, y la Asamblea, a un

tiempo revolucionaria y monarquista, terminaba la redacción del Código supremo, en que el rey quedaba a merced de una Asamblea única, armado sólo del *veto* suspensivo. En esta Constitución (1791) se vió bien clara la profunda inexperiencia de los abogados que quisieron forjar una monarquía parlamentaria, sin lograrlo, y, sobre todo, la íntima contradicción que neutralizaba toda la eficacia de los principios revolucionarios y que consistía en esto: el individuo era soberano sin más límite que el derecho ajeno, principio excelente que es ya una conquista definitiva de la civilización; pero el pueblo es también soberano, y soberano absoluto, no limitado como en la Constitución americana por el derecho individual; esta teoría, hija de Rousseau, era la negación de toda libertad, y los franceses, educados en el despotismo, se la asimilaron, y por ella, en el fondo la revolución es la hija legítima del antiguo régimen; por ella llevaba en su seno desde su primer momento el germen del *cesarismo*. El rey firmó la Constitución, se le devolvió el poder y esperó; no esperó mucho.

PORTADA DEL LIBRO "JUAREZ, SU OBRA Y SU TIEMPO"

A LA GENERACIÓN QUE LLEGA:

A nuestros jueces de mañana, a la posteridad que toca a nuestra puerta, a los que llegan en el último barco cargado de flores a la juventud y al amor, pero que, hombres muy pronto, y desde hoy testigos de nuestras luchas, de nuestros triunfos discutidos y de nuestros desmayos, nos pedirán cuenta de nuestra obra de historiadores y de mexicanos, consagro este libro escrito con profundo respeto a la verdad que alcanzo y con profunda devoción a la Patria. La personalidad en torno de la cual esta obra ha cristalizado, como un día cristalizó la disuelta República, ha guardado el dón de exhumar pasiones que parecen espectros de rencores muertos; acaso por su imperturbable actitud moral tan consonante con su fisonomía, tiente aun la irreverencia de los iconoclastas que aspiran sólo a la actitud de los apóstoles que derribaban ídolos, atribuyendo el carácter de idolatría a toda gran creencia popular. Haga cada cual aquello que lo ponga de acuerdo con su conciencia. La mía me ha inspirado el afán

de "limpiar del negror [del humo]", como decía Horacio, al gran representante de nuestro derecho en una época en que la República luchó para vivir y a agonizó vencida, al gran indígena a cuya memoria la gratitud del país ha erigido un ara incommovible. Y dedico esta labor a la Juventud, porque la vida de Juárez es una lección, una suprema lección de moral cívica. Puedo engañarme, pero no sé engañar. Si este libro no fuese nacido de una sinceridad inmensa, no osaría consagrarlo a la generación que llega; sería como si presentase una frente manchada a los besos de mis hijos.

PORTADA DEL LIBRO

JUÁREZ SU OBRA Y SU TIEMPO

LA BA GNERATOR DE LIBRO

A nuestros jóvenes de mañana, a la posteridad que los ve
 nuestra patria a los que liegan en el último parto cargada
 de la juventud y el amor, pero que, hombres, muy
 y desde hoy festivos de nuestras luchas, de nuestras
 de nuestros discursos y de nuestros desmayos, nos pedían
 de nuestra obra de historiadores y de moralistas.
 este libro escrito con profunda respeto a la verdad
 y con profunda devoción a la Patria. La persona
 de la cual esta obra ha cristalizado, como ya
 la historia de nuestra República, ha guardado el don de
 que parecen espejos de tiempos in-
 de su imperatorible actitud moral tan resonan-
 to con la resonancia de la retención de los temo-
 a la actitud de las acciones que se
 atribuyendo el carácter de ideología a los
 de cada cual aquello que lo ponga
 de acuerdo con su conciencia. La mía me ha inspirado el

LA ÚLTIMA CARTA DEL MAÉSTRO
SIERRA

San Juan de Luz, Agosto 20 de 1912.

Mi Chucha carísima:

Me he estado en este lugar de donde te escribo, porque es tranquilo y sano, y me ha probado muy bien.

Frecuentemente voy a San Sebastián, en donde tengo la Legación y a donde voy siempre que se ofrece. En Madrid pienzo estar por los comienzos de Septiembre. Sabes ya probablemente que presenté mis credenciales en Miramar al Rey —g. D. g.

Ayer fuimos Concha, Miguel y yo a Lourdes; tu mamá no quiso ir por temor a las muchedumbres; mas a toda costa quise ir y lo haré, Dios mediante, antes de que vayamos a Madrid.

Te contaré brevemente, y ahorrando comentarios sin interés, al margen de un hecho tan interesante como el que ayer presenciarnos, la marcha desde Pau, la pintoresca capital del galantísimo hugonote que fundó la casa de Borbón en Fran-

cia, hasta Lourdes, por entre una doble muralla de vegetación lujuriosa y de rocas que parecen talladas por el hacha de Dios. Los Pirineos cubiertos de bosques aquí, o pelados allá, formando un muro cerrado, inmenso, que me recuerda una poesía del último de los Victor Hugos, muro silencioso y trágico, que a medida que la ciudad santa se aproxima, se articula en cordilleras y en gargantas de rocas enormes y en cimas cubiertas a veces por glaciarios que se funden y filtran por las grietas de piedra y salen en manantiales, y se despeñan en torrentes. Entre esas cumbres de soberana elocuencia, como la de los profetas o de los aedas, que probablemente no eran una persona sino multitudes que hablaban por una sola lengua —entre esas cumbres, descuella grandiosa y satánica la "Maladetta" la más alta de estos Pirineos.— Las colinas verdes ocultan por fin los términos lejanos del abrupto paisaje que se "estepa" en un "gare" igual a todas las otras. Nos abrimos paso por entre una multitud de visitantes (no enfermos), y de clérigos de todas especies y naciones, y tomamos un coche.

Nos llevó a un hotel lejanísimo, el más cercano a "la gruta": (resulta que casi todos están juntos). Para llegar a él en un cochejo viejo y malejo, probablemente contemporáneo de Bernadette, atravesamos una largísima calle, un boulevard animado como uno de Pau o de Biarritz y que hace la impresión de estar bordado de altas casas construidas, sin metáfora, materialmente construidas con rosarios, medallas, estampas y estatuas de nuestra Señora de Lourdes.

El restaurant en que entramos, con una hambre tal que por un momento temí que Miguel devorase a la hostelera, era vago y malo; pero el arrepentimiento de haber comido aquellos manjares absurdos no vino sino después de haber engullido casi todo (menos Concha, que protestó desde el primer contacto con la cocina, a la que no ha llegado la acción purificadora del torrente santo). Vino el arrepentimiento, (no el "vino" que era infame) cuando al través de los amplios vitrales del

restaurant vimos un desfile singular que ponía temblor en el corazón. Sesenta u ochenta cochecitos llevando sendos enfermos, por regla general paralíticos o perclusos de todos los aspectos y condiciones, y tirados por personas de buen aspecto, sacerdotes casi siempre, que cantando una salmodia doliente y monótona, pasaban y pasaban delante de una multitud compungida, rumbo a la gruta del milagro. Tomamos un coche —uno mejor que el de marras— y nos fuimos a la basilica, la abordamos por la explanada alta, recorrimos la gran plataforma de piedra —rodeada de monumentales balaustradas— sobre que se asienta el monumento entero, y subimos por uno de los brazos de la amplia escalinata que junta en la puerta del templo su doble curva. Claro que el que busque aquí el arte puro se lleva el gran chasco; arquitectura, imágenes, todo es vulgar y todo presuntuoso; todo parece salido de fábricas, no de talleres, no de los talleres de esos santos, inspirados anónimos de los tiempos medios; pero aquí no hay que buscar arte, sino piedad. La ornamentación colosal de inscripciones votivas, que tapizan de mármoles del mismo tamaño todas las capillitas que rodean la basilica; la multitud de exvotos perfectamente arreglados y ordenados, como en un almacén, que cubren el resto de los muros; el número pasmoso de estandartes de todas las asociaciones religiosas de todos los pueblos, que cuelgan de las bóvedas y las aristas de los arcos, acaba de impresionar fuertemente el ánimo. Todo ello será un atentado contra el buen gusto y un autor católico ha podido decir, con visos de razón, que Lourdes es esencialmente «rastacuera»; pero leer una de las inscripciones, que las hay por millares, y sentir brotar de ellas un grito de gratitud y amor a María, exhalado por terrible dolor humano, basta para dar a aquella obra imperfecta un carácter especial, una entonación divina; se interponen las lágrimas y se ve con el corazón. Entonces se olvida la serenidad fría que es necesaria para aplicar a lo que se ve los cánones del buen gusto, y si,

como dice en una formidable hipérbole de refinamiento estético Karl Huysmans, todo lo que es arte en Lourdes es la tentativa del diablo para vengarse de María, su eterna enemiga, habrá que convenir en que no logra su objeto, porque todas aquellas cosas feas se transfiguran y aparecen, si no bellas, expresivas como si fueran oraciones y como si estuvieran construidas con almas. Dice Víctor Hugo que el diablo dió a Dios una vez una araña para ver en qué podría transformarla, y Dios la convirtió en el sol rodeado de todos los planetas. Esto hace la fe cristiana con esa araña de piedra que se llama Lourdes. En su nicho de oro, la imagen blanca de María, hecha con mármol de Carrara, asiste, verdadero símbolo de pureza inmaculada, a la apoteosis que renace perpetuamente en torno suyo: «consolatrix afflictorum; salus infirmorum».

* * *

Cuando hubimos visitado las capillas, una a una, recorriendo todo el contorno de la basílica, inclusive el altar colocado en el centro del inmenso rectángulo de verjas doradas; salimos sin haber advertido, pobres filisteos embargados de emoción, ninguna de esas espantosas fealdades que otros ojos experimentados saben ver; mejor no verlas; no buscábamos eso.

Bajamos la redonda escalinata; debajo de ella está la puerta de la iglesia criptica; pasamos bajo una serie de arcos ojivos que angustian un poco. La presencia de unos cuantos centenares de peregrinos alemanes cantando en su idioma fuerte y ríspido, como la roca de Massabielle que forma el fondo de la cripta, y el olor del incienso, nos oprimían un poco el pecho y respirábamos como respiran los que quieren salir de un sitio bien clausurado. Allí escuchábamos las perpetuas alabanzas de María, el perpetuo llamamiento a la misericordia, la invocación, llena al mismo tiempo de confianza

y de pena, a la dispensadora del medicamento supremo del amor: no necesitábamos entender lo que decían aquellos hombres, aquellas mujeres arrodilladas; lo decía la dulzura fundamental del canto, de la voz desprendida de las esperanzas de la tierra y poniéndose al diapason de las esperanzas, perennemente realizadas, del cielo.

(¡Creo que estoy haciendo un poco de literatura, mi hijita amada, pero al cabo es para tí, y déjame ir!)

Por fin el clérigo cantó sus oraciones en latín de Alemania, nos dió la bendición con la custodia, y nosotros, renunciando a atravesar el gentío para llegar al fondo de la cripta, salimos. Desde la plataforma de la basílica pudimos ver el techo de vidrio, chato como un fondo de alcahofa, del santuario del Rosario, y al costado del edificio, pero muy abajo, la multitud que se aglomeraba frente a la gruta y las piscinas que son edículos cubiertos por techos angulares rojizos, muy mezquinos. Frente a nosotros también, pero por el lado de la fachada principal del templo, se tiende a vista perdida la magnífica explanada con sus enormes platabandas de césped, sus tres o cuatro esculturas monumentales sembradas en el eje principal, y allá en el fondo, las cimas soberanas del Yer.

Por unas rampas prolongadísimas, pero muy cómodas (la prueba es que pude bajarlas sin fatiga), bajamos a la plataforma de la gruta. ¡Inolvidable espectáculo! A un lado de aquella abrupta oquedad de la montaña hay en línea ocho o diez llaves de agua; allí se agolpa la gente; no beben todos en el mismo vaso, cada uno lleva el suyo, y casi todos se mojan la cara, la cabeza, los brazos, con el agua milagrosa que por ocultos tubos viene del manantial. Yo estaba distraído viendo a la gruta, Miguel andaba lejos, y al volverme a buscar a Concha, la ví cogiendo agua entre sus manos "desenguantadas" y bebiendo a grandes tragos y luego aplicándose a los oídos enfermos aquellas dos manos húmedas; volví la cara a otro lado para que no vieran mis ojos. ¡Mi pobre Concha!

No, la Virgen no hace milagros a todos, los hace excepcionalmente, o Dios por su intercesión; alguna falla interior ha tenido la fe, sin duda, falla inadvertida aun por los mismos pacientes, o conviene a los mismos suplicantes no ser curados, o ¡quién sabe!, quien sabe qué misterios inalcanzables, informados, habrá en ese mundo de lo inexplicable, puesto que en él no rigen las leyes naturales, únicas que pueden obtener el asentimiento de los simples mortales como yo:—el “fiat voluntas tua” es la forma suprema de las relaciones entre Dios y el hombre.

Frente a la verja que, exceptuando en sus extremos, cierra la gruta, estaban colocados los cochecillos de los enfermos en un cuadro de dos o tres líneas por lado (menos por el de la gruta). ¡Qué cuadro! Allí estaba reunido, más que en el juicio final de Miguel Angel, todo el sufrimiento. ¡Qué palideces, qué angustias convulsivas o inmóviles como la muerte, qué ojos de agonía y de anhelo al mismo tiempo; qué indiferencia atónita en aquellos muchachos hidrónicos, deformes, tuberculosos, qué se yo! ¡Qué estupenda clínica de hospital allí reunida; qué cantidad de incurados y de incurables! Sobre aquellos infelices la espada del ángel exterminador no había herido de punta, pero sí de plano, lastimando y llagando para siempre. ¡Pobre, pobre humanidad, Dios mío! De todos los corazones, creyentes, más ante el martirio que ante el milagro, surge callada y temblorosa esta deprecación: ¡Sálvalos, Señor, sálvalos! Tú fuiste Cristo. Tú fuiste humanidad como ellos; esa misma carne, esos mismos huesos Tú los santificaste porque los informaste para dar a tu espíritu divino una corporal vestidura. Sálvalos, Señor, redímelos; cúralos, Señora, a esos deformes, a esos monstruos, a esos enfermos, a esos niños que no han podido delinquir ni en la sombra de un pensamiento, y que sufren tanto y que son tan horrorosos y repugnantes, cuando la infancia siempre es una belleza y un amor; cúralos, Virgen de la Montaña, “monstra te esse

matrem”, como te dicen con voz profunda, esos millares de adoradores que te invocan; madre, madre protectora de cuantos han creído en tí, madre misericordiosa de cuantos han perdido la fe, madre amparadora de la humanidad entera, porque la humanidad entera sufre, libralos de su martirio con la unción de tu agua santa, “¡muestra que eres madre!” Yo veía entrar uno a uno a aquellos misérrimos en los edículos de las piscinas (terriblemente antihigiénicas, pero en las que no ha habido, dicen muchos centenares de médicos, ninguna clase de contagio, ningún caso) yo sabía que a pesar de aquellas fervorosas deprecaciones de los que por ellos pedían, no habría milagro, pero eso no me importaba; lo que me embargaba el espíritu y se apoderaba de mi razón, era aquel milagro perpetuo de fe, que no tiene desengaños ni desiluciones, que persiste, que reaviva la esperanza hasta la agonía, hasta en la muerte, ese era el espectáculo que conmovía y removía mis entrañas. Todos ustedes los vivos estaban conmigo, todos rezaban conmigo, y allí conmigo sentía no sólo a los vivos, sino a los muertos, oía su voz, oía sus cantos: Ave María, Ave María; nosotros los vivos presentábamos ante ellos, que nos amaron tanto—mi madre bendita, mi Luz, mi Gloria—el mismo cuadro que aquellos enfermos presentaban a nuestra vista, y ellos como yo, también pedían misericordia para nosotros a la madre de las misericordias.

* * *

Y aquí tienes como yo, hijo de mi tiempo y de mi siglo, pero hijo sobre todo de mi madre, que me amamantó y me crió en la creencia en lo sobrenatural como en lo más natural del mundo, cada vez que me pongo en contacto con estas manifestaciones tan sinceras como estupendas de la fe católica, resucito en la religión que ella me enseñó, y las razones que tiene mi corazón y que la razón no comprende, son las que

mi madre—viva en mí siempre—me dice dentro de mí desde la eternidad. En este estado de ánimo, temblando todo, todo lloroso, entré en la gruta; Concha conmigo. Hay que subir por los dobleces de la caverna y bajar luego un poco entre las rocas; un obispo estaba allí en su sitial viéndonos desfilar a todos los peregrinos (yo me sentía peregrino en ese instante): un sacerdote con una voz dulce y monótona decía una prédica insignificante en un pulpito que hay en la verja exterior. La caverna, toda negra por el humo de los millares y millares y millares de cirios, más o menos contrahechos, (porque hay en su venta mucho comercio culpable y no es cera todo lo que reluce) cirios que arden o solos o en grupos o en manojos inverosímiles como si fueran uno solo, ostentaba en su techo, que parece una ojiva informe, muletas toscas y envejecidas y ahumadas de paráliticos curados; el suelo es como una placa de cera, las rocas como aglomeración de peñascos de cera color de ceniza; sobre uno de ellos, de espaldas a una roca que según algunos era una piedra prehistórica de sacrificios, está la imagen de María, la que tu conoces, blanca y azul, sin niño Dios, sin puñales el corazón, sin ángeles al pie, tal como la describió la zafia pastorella estática de Masavieille. Aquella bonita figura que dicen que es la única en la iconografía católica, larguilla y simplecilla, no me hizo ningún efecto; allí no debía haber nada más que el recuerdo flotante de la visión de Bernardette y el manantial que de allí surgió. ¡Cuántos millones de labios sedientos de milagros, ávidos de consuelo, repugnantes de enfermedad y de dolor, se han pegado al pedestal de roca de aquella Virgencita! Ya conoces mi modo de ser: allí donde el pueblo besa por fe o por amor, allí beso yo; allí besé y Concha también y ni un sólo instante vacilamos. Salimos lentamente, pasamos delante de las piscinas en donde los sacerdotes invocaban a María, en donde mil creyentes en cruz esperaban el milagro cada vez que un enfermo entraba en el oculto baño, y yo, seguro de que nada de esto veríamos, (nada

vimos, ni nada sucedió); pero sintiendo algo del milagro dentro de mí en la curación o el alivio de mi espíritu paráltico, acompañé a Concha a comprar rosarios y medallas. Rosarios y medallas y figurinas de todas las dimensiones y todos los precios, me dejan enteramente frío; esas cosas no tienen para mí valor, sino cuando la memoria de un amor o de un dolor está incorporada a ellas y las convierte en reliquia o en talismán.

Después de eso visitamos la capilla o iglesia del Rosario. Tuvimos que dejar pasar la inmensa, la interminable procesión que de allí salía, y recorriendo la esplanada a la margen del Gave, ascendía cantando los salmos de la virgen de Lourdes rumbo al Calvario donde ya no teníamos tiempo de llegar. Toda aquella fila de hombres, mujeres, jóvenes y viejos, acaudillados por sacerdotes que llevaban los tirantes de los conductores de coches de enfermos al hombro, cantaban, cantaban sin cesar el mismo cántico; de cuando en cuando se debilitaba y quería morir, pero renacía de sí mismo con nuevo brío y hacía la impresión de que así sería hasta la consumación de los siglos.

Entramos en la extraña iglesia del Rosario que, a pesar de ser alta, parece chata y aplastada, con sus enormes pilares casi deformes, su cúpula baja con infinitos ojos que parece que tienen anteojos de colores, su magnífico altar mayor, en el cual la estatua de oro de Nuestra Señora del Rosario se erige sola, luminosa, pura y como patinada de amor por los eternos cánticos que la envuelven noche y día, porque su iglesia no se cierra nunca. Concha rezó su rosario, y luego al llegar otro grupo de peregrinos salimos de allí no sin observar las pinturas en mosaico de las capillas, que un artista refinado llama detestables. Con razón, creo yo; son tan malas como las de "La Villa." Mientras Concha y Miguel corrían a buscar nuevas medallas, yo empecé a recorrer bajo una lluvia finísima y frigidísima, toda la explanada. Mucho habíamos dejado

de ver: conventos, hospitales (estos sobre todo) y el Calvario y las grutas de Betharram, pero mis compañeros querían volver a todo trance a San Juan de Luz esa misma tarde, y yo había ido como turista, no como creyente, no como observador. Fui a ver si podía, y a orar, si podía: vi algo y no sé si oré pero lloré algo. Cuando vuelva yo con tu mamá y quizás más tarde contigo (Dios lo haga) saborearemos el vino de esperanza de este gran vaso de devoción que se llama Lourdes.

* * *

Fui lentamente hasta el fin de la hermosísima explanada acompañado por el rumor perpetuo del torrente que más allá se precipita en una cascada deprimida, pero quebradísima y entre grandes platabandas de césped que tapizan sin cesar aquella extensión verde, que recuerda las de Versalles. En el eje de la explanada, hay varios monumentos escultóricos; dicen los artistas que son feos; desde luego, la estatua de la Virgen; en cuyo rostro hay un reflejo lejano del de Bernardett y que tiene su aureola de lucecillas eléctricas.

Es que aquí las emociones del día, en tiempo de peregrinación, se cierran con el espectáculo nocturno que se adivina que debe ser maravilloso; los templos, la montaña, los monumentos iluminados deben ser, al compás de los himnos y los cantos de las procesiones porta-cirios, una fuente de inenarrables sensaciones: el triunfo de María, en el triunfo de la luz; la luz de Lourdes; quien inventó ese nombre para la chiquilla de Concha, inventó una indecible dulzura de palabra evocadora y sugestiva.

Un grupo flamante y colosal que representa a Jesús escuchando la deprecación de la pastorcilla, y que ha sido recientemente colocado, me causó muy buen efecto: simple, grandioso y elocuente, y sin esas nimias perfecciones de detalle bonito que afean tanto la moderna escultura eclesiástica.

Cuando llegué, bastante fatigado, a la entrada de aquella soberbia avenida, la basilica en su doble pedestal de iglesias, destacándose con una precisión blanquísima de la obscura masa siniestra del Pirineo, me produjo una impresión fuerte y netamente religiosa; tan clara, tan sutil, con sus ángulos altísimos y su erectísima aguja de remate, me parecía una oración, una plegaria de Bernardette, la pastora misma convertida en templo y ascendiendo hacia la inmaculada en un arranque estático. Casi tiene alas aquella basilica de mármol.

Cabisbajo y pensativo, y rumiando no sé qué resurrecciones que tumultuosamente se levantaban en mi alma, y pensando en tu mamá, en tí, intensamente y dolorosamente, volví a esta playa desde donde te escribo y te bendigo.

TU PAPÁ.

Cuando llegué, bastante cansado, a la entrada de aquella
 capilla a través de la noche en un doble pedestal de iglesias
 destruyéndose con una precisión que parecía de la obra
 de un artista del siglo, los pedregales que me rodeaban
 y que parecían religiosos tan claros, tan sencillos, con sus
 alfileres y su estructura que se alzaba en silencio, me
 impresionó una plegaria de los santos, la plegaria misma que
 se recita en tiempos de angustia y desesperación hacia la
 Virgen María, la Virgen de Guadalupe, la Virgen de
 Luján, la Virgen de los Dolores, la Virgen de la
 Caridad y por último y terminando en un suspiro
 que me hizo comprender que la Virgen es la que
 nos sostiene y que nos da la vida y el amor.

JUSTO SIERRA

INDICE.

	Págs.
Justo Sierra Prosista.....	III
Playera.....	1
La Civilización del Sur.....	9
Arte.—¿Arte?.....	13
Discurso pronunciado en la inauguración de la Universidad Nacional.....	22
La Revolución Francesa.....	46
Portada del libro «Juárez, su obra y su tiempo».....	55
La última carta del maestro Sierra.....	57

Alfonso Cravioto
Efrén Rebolledo
Pedro Henríquez Ureña
Rafael Cabrera
Antonio Caso
Amado Nervo
Condesa de Pardo Bazán
Enrique José Varona
Andrés González Blanco
Julio Cejador y Frauca
Rafael de Altamira y C.
Luis G. Urbina
José García Monge
Luis González Obregón
Rubén M. Campos
Manuel M. Ponce
Carlos González Peña
Manuel Toussaint
Antonio Castro
Francisco González Guerrero
Jorge Enciso
Saturnino Herrán
A. Garduño
Emiliano Valadez
Antonio Cortés
Manuel García
Carlos Pellicer
Julio Jiménez Rueda

CAPILLA ALFONSINA
U. A. N. L.

Esta publicación deberá ser devuelta
antes de la última fecha abajo indi-
cada.

PQ7297
.S5
A16

CAP

31620

AUTOR

SIERRA, Justo
TITULO

Prosas

PUBLICADOS

Cuentos y Semanas Alegres de Mierós.

Escritos de José Enrique Rodó.

Cuentos de Manuel Gutiérrez Nájera.

"El Pájaro Azul" de Mauricio Maeterlinck.

Poesías de Sor Juana Inés de la Cruz.

Versos de Rubén Darío.

Prósas de Ignacio M. Altamirano.

Cuentos de Andersen.

Poemas de Manuel José Otilón.

Escritos de Enrique José Váyona.

Poemas de Guillermo Valencia.

El Cantar de los Cantares.

Poesías de Salvador Rueda.

Prósas y Versos de Guillermo Prieto.

Poesías de Leopoldo Lugones.

Prósas de Justo Sierra.

Pedidos de todos los números al

APARTADO POSTAL 4327 - MEXICO, D. F.

25 CENTAVOS EJEMPLAR.



En el próximo número "La Virgen Ursula"
de Gabriel D'Annunzio, traducción y estudio de
C. González Peña. Ilustraciones de Saturnino
Herrán.